

232

188

F123

U

PLAZA

MADEIRA,

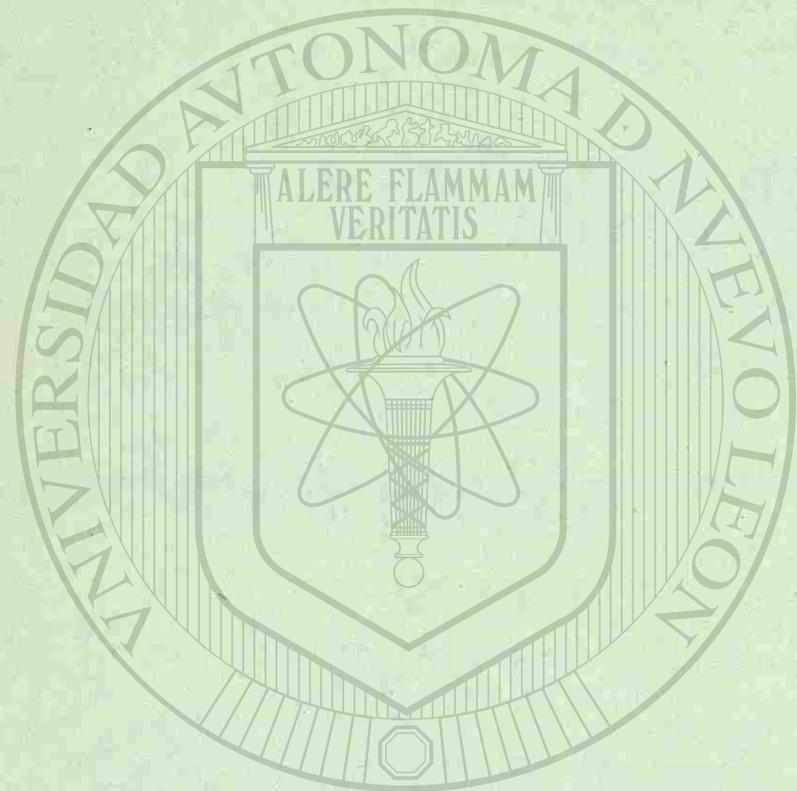
BRASIL

1945

LA



1020001978



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

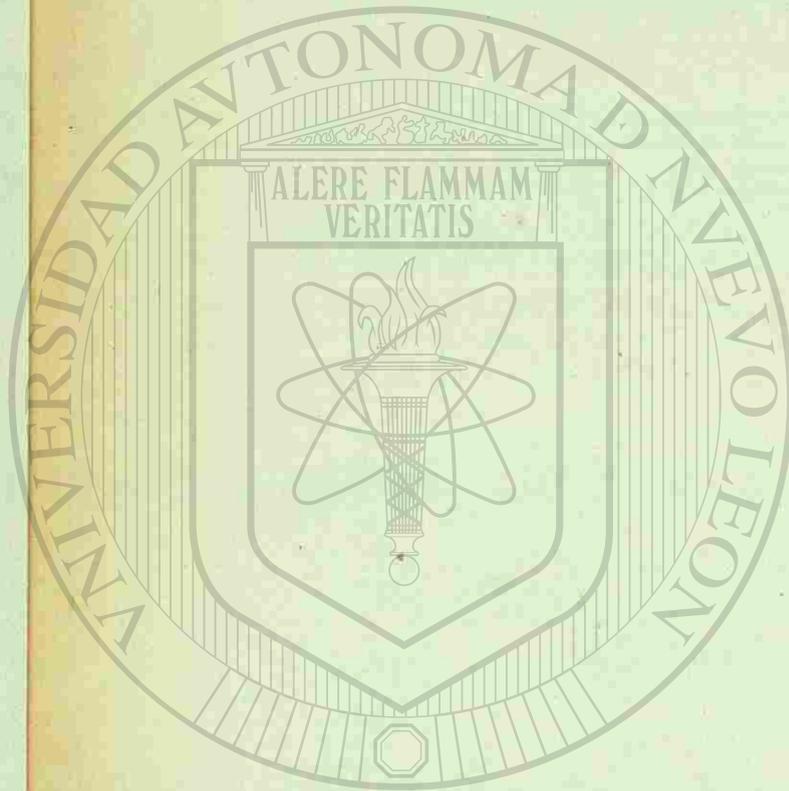


104079

Tela

FRANCISCO BUENROSTRO

BOSQUEJO HISTORICO
SOBRE LA ACTUACION DEL MARISCAL
JOSE M^a IZAZAGA
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA



UANL

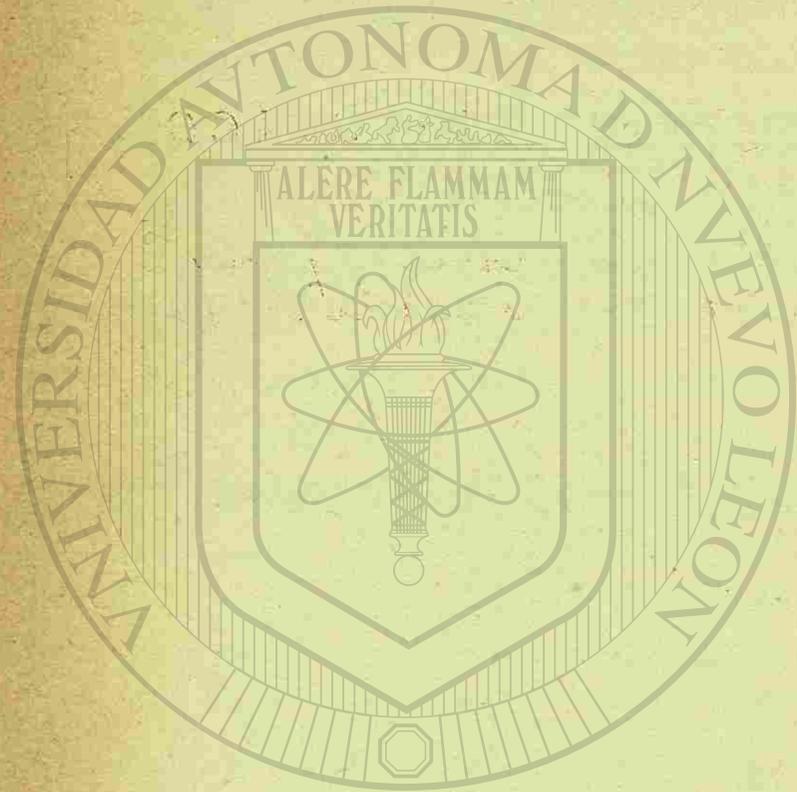
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AÑO DE HOMENAJE A LA CONSTITUCION
DE APATZINGAN DE 1814 EN SU SESQUICENTENARIO

F 1232

B8



Esta publicación ha sido hecha por la Secretaría de Gobernación con el concurso del Patronato del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de dicha Secretaría de la que es titular, como Subsecretario Encargado del Despacho, el Lic. Luis Echeverría.

PATRONATO:

LIC. SALVADOR AZUELA (Vocal Ejecutivo).

SR. DIEGO ARENAS GUZMÁN.

LIC. ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA.

SR. MARTÍN LUIS GUZMÁN.

PROFR. JESÚS ROMERO FLORES.

GRAL. FRANCISCO L. URQUIZO.

Oficinas: Plaza de la Ciudadela Núm. 6.

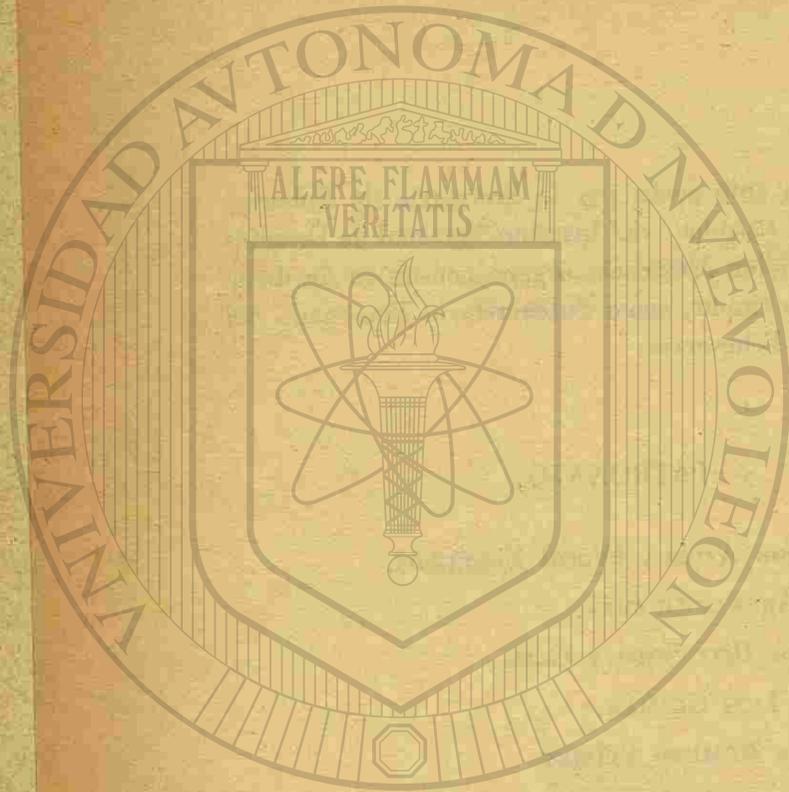
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FRANCISCO BUENROSTRO

**BOSQUEJO HISTORICO
SOBRE LA ACTUACION DEL MARISCAL
JOSE M^a. IZAZAGA
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA**



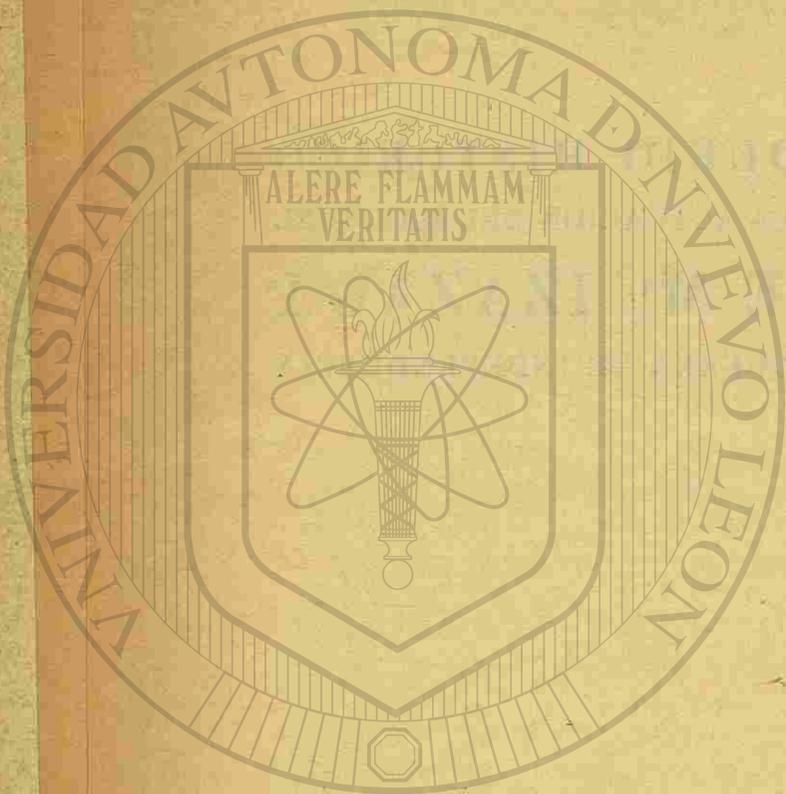
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**AÑO DE HOMENAJE A LA CONSTITUCION DE
APATZINGAN DE 1814 EN SU SESQUICENTENARIO**





FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ANTECEDENTES RELATIVOS AL BOSQUEJO HISTORICO QUE EN SEGUIDA SE PUBLICA

El Bosquejo Histórico que hoy publica el Patronato del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana me fue dado a conocer hace años por el señor general Gustavo Izazaga, bisnieto del Sr. Lic. y Mariscal de Campo don José María Izazaga, de cuyas actividades en favor de la causa de la Independencia se ocupa dicho bosquejo.

El mencionado general don Gustavo tenía gran empeño en dar a luz ese valioso documento histórico; pero desgraciadamente se lo impidieron una grave enfermedad y su muerte ocurrida hace tiempo en el Hospital Militar de esta ciudad de México.

Deseoso de poseer una copia literal de dicho bosquejo, algunos meses antes de que muriera, se la pedí al propio don Gustavo, quien amablemente me la proporcionó.

Al ocurrir el fallecimiento del repetido señor general Izazaga, procuré informarme acerca del paradero del original del bosquejo, y por informes de mi amigo don Antonio León Sifuentes, de Apatzingán, supe que ese original se hallaba en poder de la señora Guadalupe Rule, a quien se lo había entregado el señor Izazaga, días antes de su muerte.

Al saber que esta señora se negaba a entregar dicho original para su publicación, me decidí a poner los hechos en conocimiento del Patronato aludido, a cuyos integrantes pedí que dispusiesen la publicación del mencionado bosquejo, sobre la base de la copia del mismo que puse a su disposición.

Compenetrado el Patronato de la trascendencia de esa publicación, se ha servido ordenarla, a fin de que la posteridad no se vea privada de la muy valiosa aportación de los datos y apreciaciones que contiene el mencionado bosquejo sobre una de las más importantes etapas de la Guerra de Independencia.

Hago constar que sobre la absoluta fidelidad de la copia aquí reproducida con el original del bosquejo, pueden dar fe, a más del suscrito, los señores Antonio León Sifuentes, vecino de Apatzingán, y el Gral. José Zamora, residente en Uruapan, Mich.

En cuanto a la forma como don Gustavo Izazaga obtuvo el original del bosquejo, debo decir que, según me informó aquél, le fue proporcionado por su tío don Rafael Izazaga, quien a su vez lo obtuvo de un sacerdote michoacano, a quien se lo dio para su conservación y cuidado alguna otra persona cuyo nombre no llegó a conocer don Gustavo.

ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA.

Michoacán, centro de conspiración en favor de la Independencia, desde antes de 1810.

En virtud de lo que observó en sus viajes por Estados Unidos, Francia y España, en los años de 1806 a 1808 Izazaga decide trabajar en favor de la Independencia y desde luego empieza su propaganda.

BOSQUEJO HISTORICO SOBRE LA ACTUACION DEL MARISCAL JOSE MARIA IZAZAGA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Desde que comenzó a difundirse el descontento de los americanos a consecuencia de los celos y rivalidades, entre los europeos, la Intendencia de Michoacán fue el centro de conspiración más eficaz, que en los comienzos de 1809 bosquejó la Guerra de Independencia.

Alma de toda esta trama lo era el señor Lic. don José María de Izazaga, joven emprendedor y de reconocidas virtudes; pues se le distinguía como sujeto fino y atrayente por su esplendidez en exceso y por su arrogancia que lo hacía muy aventurero, amante de meterse en lances peligrosos y atrevidos, a tal grado que tomó con mucho ardor la causa de la libertad de la Nueva España, porque en su espíritu ya arraigaba el convencimiento de que para el logro de su independencia no era paso imposible el que él intentaba, en razón de que tenía grandes enseñanzas de sus viajes emprendidos entre 1806 y 1808, de los cuales hizo profundas observaciones en los Estados Unidos, Francia y España. Naciones donde trabó amistades y conocimiento con personajes que deseaban contribuir con sus luces a la libertad de este reino; compenetrado de que aquella nación americana consiguió su independencia después de haber sostenido por siete años una lucha grandiosa y cruenta con Inglaterra; conoció a fondo el curso de la Revolución Francesa y los sucesos acaecidos en Espa-

Compenetrado el Patronato de la trascendencia de esa publicación, se ha servido ordenarla, a fin de que la posteridad no se vea privada de la muy valiosa aportación de los datos y apreciaciones que contiene el mencionado bosquejo sobre una de las más importantes etapas de la Guerra de Independencia.

Hago constar que sobre la absoluta fidelidad de la copia aquí reproducida con el original del bosquejo, pueden dar fe, a más del suscrito, los señores Antonio León Sifuentes, vecino de Apatzingán, y el Gral. José Zamora, residente en Uruapan, Mich.

En cuanto a la forma como don Gustavo Izazaga obtuvo el original del bosquejo, debo decir que, según me informó aquél, le fue proporcionado por su tío don Rafael Izazaga, quien a su vez lo obtuvo de un sacerdote michoacano, a quien se lo dio para su conservación y cuidado alguna otra persona cuyo nombre no llegó a conocer don Gustavo.

ANTONIO DÍAZ SOTO Y GAMA.

Michoacán, centro de conspiración en favor de la Independencia, desde antes de 1810.

En virtud de lo que observó en sus viajes por Estados Unidos, Francia y España, en los años de 1806 a 1808 Izazaga decide trabajar en favor de la Independencia y desde luego empieza su propaganda.

BOSQUEJO HISTORICO SOBRE LA ACTUACION DEL MARISCAL JOSE MARIA IZAZAGA EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Desde que comenzó a difundirse el descontento de los americanos a consecuencia de los celos y rivalidades, entre los europeos, la Intendencia de Michoacán fue el centro de conspiración más eficaz, que en los comienzos de 1809 bosquejó la Guerra de Independencia.

Alma de toda esta trama lo era el señor Lic. don José María de Izazaga, joven emprendedor y de reconocidas virtudes; pues se le distinguía como sujeto fino y atrayente por su esplendidez en exceso y por su arrogancia que lo hacía muy aventurero, amante de meterse en lances peligrosos y atrevidos, a tal grado que tomó con mucho ardor la causa de la libertad de la Nueva España, porque en su espíritu ya arraigaba el convencimiento de que para el logro de su independencia no era paso imposible el que él intentaba, en razón de que tenía grandes enseñanzas de sus viajes emprendidos entre 1806 y 1808, de los cuales hizo profundas observaciones en los Estados Unidos, Francia y España. Naciones donde trabó amistades y conocimiento con personajes que deseaban contribuir con sus luces a la libertad de este reino; compenetrado de que aquella nación americana consiguió su independencia después de haber sostenido por siete años una lucha grandiosa y cruenta con Inglaterra; conoció a fondo el curso de la Revolución Francesa y los sucesos acaecidos en Espa-

ña, provocados por la invasión de las tropas francesas, por lo que, poseído de estos conocimientos, consideraba que una vez prendida la chispa de la guerra, en poco tiempo se llegaría al triunfo de tan santa y noble causa, como era la de liberar a este país del yugo español.

San Juan Zitácuaro fue lugar escogido por el señor Lic. Izazaga para dar principio a la guerra, pues allí tenía muchos parientes y conocía además la buena disposición de sus habitantes, por ser entusiastas y belicosos, a quienes estaba preparando en las conversaciones que sostenía con ellos a su paso por ese rumbo en sus continuas correrías desde Valladolid hasta Coahuayutla, por poseer grandes riquezas, ya que tenía cuantiosos bienes en la tierra caliente de la Intendencia, entre los que se contaba la hacienda del Rosario, donde asistía y era querido de todos, porque protegía a los pobres con su dinero y a los amigos con su consejo; además tenía negocios constantemente con las gentes acaudaladas y humildes de toda esa costa.

Izazaga se pone en contacto con los conjurados de Valladolid, Uruapan, Tlalpujahuá y otros pueblos de Michoacán y de Guanajuato.

Iturbide denuncia a los conspiradores y da lugar a la aprehensión de muchos de ellos.

En ese pueblo celebró juntas con personas influyentes y patriotas, en las que se trataba de darle forma al levantamiento que intentaban de común acuerdo con los amigos conjurados de Valladolid, Uruapan, Pátzcuaro, Maravatío, Tlalpujahuá, Angangueo y otros lugares de la Intendencia y de la provincia de Guanajuato, y estaba a punto de fijarse el día en que iba a estallar la guerra, cuando se les descubrió por la denuncia oprobiosa de un sujeto comprometido solemnemente en la conjura, que era don Agustín de Iturbide, quien por su gran amistad con el señor Lic. Izazaga abusó de su confianza para conocer sus planes y desde esta artera delación se convirtió en enemigo terrible de él y de la causa insurgente.

De resultas de esta traición hubo desconcierto entre los conjurados, se aprehendió en Valladolid a don Mariano Michelena, a fray Vicente

de Santa María, al señor Lic. Nicolás de Michelena, y a muchas personas comprometidas en la insurrección. Cuando, perseguido, salió de Zitácuaro, don José María se dirigió, por Tuxpan, a refugiarse en la hacienda de Moro, donde vivía un pariente suyo; se vio impedido a huir hacia Tuzantla y de allí a la hacienda del Rosario, lugar en donde se mantuvo ya en abierta rebeldía, pregonando las ideas de libertad de los americanos y preparándose a la guerra contra los españoles.

En todas estas andanzas don José María era incansable; recorría grandes distancias, frecuentaba sus amigos y tengo presente que visitaba al señor cura Hidalgo en el pueblo de Dolores, a los señores Rayón en Tlalpujahuá, en Zitácuaro a los señores Sánchez y López y en Tuxpan a los señores Natera y Tello.

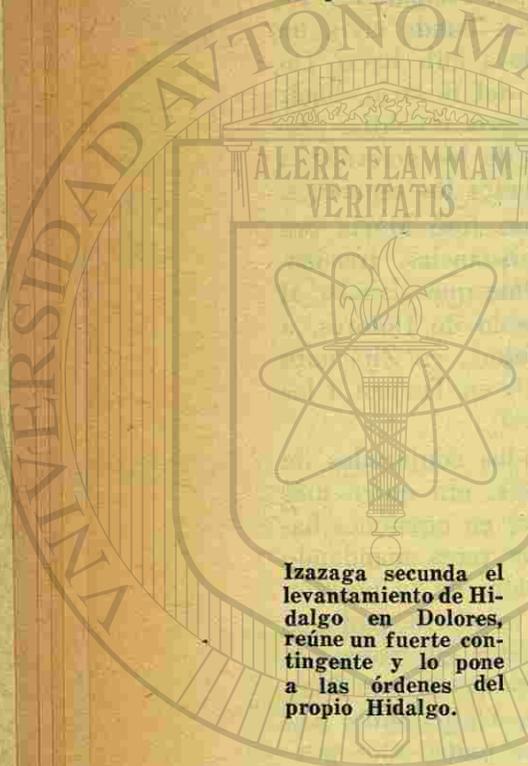
Después de la delación de los conjurados de Valladolid el señor Lic. Izazaga, era quien más se arriesgaba en estos vaivenes; en ocasiones haciéndolo personalmente y otras veces mandando propios de su confianza sostenidos de su peculio, y así, poco a poco, ya iniciada la guerra, pudimos ver cuán grandiosa era su obra; y advertimos la abnegación sublime de los habitantes de San Juan Zitácuaro, Maravatío, Tuzantla, Tlalpujahuá, Angangueo, Tuxpan, Ario y sobre todos estos pueblos, Uruapan y Coahuayutla, los heroicos centros de rebeldía constante que se mantuvieron en pie de lucha hasta la consumación de la Independencia; era tanto el patriotismo y sacrificio de estos abnegados insurgentes, que no les importaba nada las innumerables vicisitudes que sufrieron con las persecuciones, asesinatos y todo género de atropellos a que los sujetaron los jefes realistas, con sus excesos de salvaje furor y felonía, derramando la sangre inocente a torrentes.

Sin perder la conexión con los instigadores de la libertad, en el intermedio que hubo entre el descubrimiento de la conspiración de Valladolid

Izazaga sigue conspirando a favor de la Independencia y entra en pláticas con el Cura Hidalgo, con los hermanos Rayón y con otros conjurados.

Izazaga instala una maestranza para la fabricación de armas.

Izazaga sigue conquistando adeptos y celebra juntas con los Galeana, los Bravo y otros entusiastas patriotas.



Izazaga secunda el levantamiento de Hidalgo en Dolores, reúne un fuerte contingente y lo pone a las órdenes del propio Hidalgo.

y la insurrección del señor cura Hidalgo y demás patriotas que lo siguieron, el señor Lic. Izazaga permaneció en el Rosario y edificó una maestranza para construir armas, aprovechando los conocimientos de unos marineros extranjeros que se dijo naufragaron y se salvaron en algún lugar de esa extensa costa. Mas lo cierto es que vinieron expresamente a fabricar armas y fueron muy útiles para levantar más maestranzas, como lo advertiremos en el curso de este relato. Al mismo tiempo, don José María no descuidaba seguir invitando a sus amigos; me mandaba a llevarles cartas a los señores Alvarez, a los Galeana, a los Bravo, a los Ayala, a los Guzmán y a otros más que tenían manera de reunir mucha gente de sus haciendas y rancherías. Todos estos señores iban con frecuencia a la hacienda del Rosario a celebrar juntas con el Lic. Izazaga; allí se hablaba con toda franqueza de los preparativos de la insurrección, y era muy grande el entusiasmo que sentían por que se produjera pronto.

Se disponían tales preparativos, cuando ocurrió el levantamiento del señor cura Hidalgo en Dolores. Como no se esperaba éste de manera tan inesperada en vista de que la sublevación se fijaba para otra fecha, don José María se dirigió apresuradamente a Apatzingán; comenzó a levantar partidarios y en poco tiempo reunió como cuatrocientos, con los cuales entró en el pueblo de Ario; de este lugar comunicó al señor Hidalgo las medidas que había tomado en favor de la causa insurgente.

El señor Hidalgo, que conocía al Lic. Izazaga por sus antecedentes de estudiante en el Colegio de San Nicolás, en Valladolid, y por saber que se había significado por sus trabajos emprendidos en las dos conspiraciones descubiertas antes, lo nombró Coronel del Regimiento de la Santísima Concepción de la Virgen María, y lo investió de todas las facultades para insurreccionar a la Tie-

rra Caliente. Por tal motivo, en Ario convocó al pueblo; reunió a todos los vecinos a quienes arregló patrióticamente para darles a conocer que la guerra había estallado; que se necesitaba el esfuerzo de todos los hombres patriotas para acabar con la dominación española y que, por tal motivo, los invitaba a que se unieran a sus fuerzas. Pronto reunió como dos mil hombres y con ellos se presentó al señor Hidalgo, a quien acompañó por algún tiempo; estuvo en las batallas del Monte de las Cruces y Aculco; después sus tropas pasaron a depender de sus jefes de confianza, porque el señor Hidalgo creyó indispensable que volviera a las costas del sur.

Izazaga, comisionado por Hidalgo para propagar la insurrección en la Tierra Caliente, pasa a depender de don José María Morelos, con quien lo liga vieja amistad y a quien ayudó frecuentemente en sus estudios y en sus dificultades económicas.

Esta misión separó para siempre a don José María del mando de sus tropas; con ellas hubiera peleado como buen general, ya que le tocó ayudar a hacer la guerra en los lugares por él conocidos, en forma distinta, pues el señor cura don José María Morelos, uno de los eclesiásticos que dieron más gloria a las filas insurgentes y que recibió del generalísimo Hidalgo la misión de hacer la guerra en el sur, lo destinará en lo sucesivo para desempeñar misiones confidenciales, hacendarias y de avenencia, y lo designó su consejero privado.

Ya es tiempo de que asiente que al señor Morelos lo unía una vieja amistad con el Lic. Izazaga, desde la juventud; que se conocieron cuando aquél viajaba con la recua de mulas de su tío, al servicio de la hacienda del Rosario; traía y llevaba carga y mercancías de ésta a Ario y Uruapan; de tales relaciones vino la constante protección que don José María dispensó al señor Morelos en los casos comprometidos. En una época en que el señor Morelos se encontraba muy pobre, don José María invitó a éste a vivir en Uruapan; allí estuvieron en íntimo contacto, y cuando el señor Morelos pasó a estudiar al Colegio de San Nicolás, el señor Izazaga le proporcionó recursos

hasta que terminó su carrera eclesiástica. En su curato de Carácuaro, el señor Morelos recibía la visita del licenciado y la correspondía yendo a la hacienda del Rosario.

Izazaga cambia impresiones con Morelos sobre la mejor forma de organizar las fuerzas insurgentes.

Izazaga proporciona a Morelos hombres, armas y pertrechos para iniciar la lucha armada.

Al llamado de Izazaga aumentan los contingentes que se unen a Morelos.

Por lo que se refiere a la idea de independizar al país, muchas conversaciones les escuché en las que alentaba el propósito de organizar un gran ejército de tropas regulares, bien disciplinadas que, bajo su mando y con jefes situados en las costas y en las extensas provincias de los obispos de Valladolid y Nueva Galicia, haría una rápida y eficaz campaña contra las tropas virreinales.

Además, cuando el señor Morelos, con escasos elementos, se fue de Churumuco a Coahuayutla a través del río Balsas, contaba con la seguridad de que el licenciado tenía ya todo dispuesto. En efecto, al llegar a Rosario el señor Morelos, aumentó su contingente a treinta hombres y recogió buena cantidad de armas y pertrechos que se tenían guardados en la hacienda, que se fabricaban en la Maestranza, y que luego dio a los vecinos de las rancherías que comenzaron a incorporársele; de esta gente surgieron aquellos terribles costeños, a quienes se apodó "los Negros" y se distinguieron en la lucha de cuerpo a cuerpo a machete.

Puede decirse que fue en este lugar donde el señor Morelos dio el primer paso que lo condujo de victoria en victoria hasta hacerse dueño de toda la costa en corto tiempo; así aumentó considerablemente sus fuerzas, debido a que don José María nos mandó a los servidores de confianza a dar la noticia de que el señor Morelos había sido nombrado Jefe del Ejército Insurgente en el sur de la Nueva España, y que los simpatizantes de la causa desde luego se incorporaran a sus filas para fortalecerlas. Cabe mencionar que al solo llamado del Lic. Izazaga toda la gente amiga suya de Petatlán, San Jerónimo, Coahuayutla y de toda

Brillantes hechos de armas de Morelos y de sus subordinados.

la costa se aprestó a tomar las armas contra los españoles.

Bien pronto alcanzó la fama el caudillo Morelos al extender su dominio por una inmensa porción del territorio de la Nueva España; se hizo temible y respetado de los realistas, y rechazó siempre con ventaja sus ataques; logró victorias como las de Tixtla, Chilapa, Cuautla, Oaxaca, Acapulco y otras más, donde les demostró a los virreinales que los insurgentes no huían, como al principio de la guerra, a la sola presencia de las tropas del rey, por falta de organización y disciplina, pues las de su mando estaban en posibilidad de tomar la ofensiva.

Todo el sur del virreinato hasta Guatemala lo tenía sujeto a su obediencia; en todas partes sus intrépidos jefes rechazaban a las tropas realistas, durante los años de 1811 y 1812 y se esforzaban en distinguirse. Don Hermenegildo Galeana desahacía a cuanta fuerza enemiga osaba entrar en la zona a su cuidado; en las provincias de Puebla y Veracruz don Nicolás Bravo infligía fuertes descalabros a sus enemigos; don Mariano Matamoros hacía prodigios de valor y temeridad al lado del Caudillo, y lo mismo realizaban don Vicente Guerrero y otros ameritados jefes.

Anarquía y caos entre los insurgentes.

Pero si por esos rumbos nuestras armas logran tan rápidos y brillantes progresos, en cambio se lamentaba que por otras provincias los insurgentes lucharan desventajosamente por falta de mando; se daba el caso de que un jefe se sintiera dueño absoluto del terreno que dominaba con su gente, y se negara a obedecer las órdenes de otros de mayor jerarquía, y de que no se auxilianan mutuamente.

Morelos comisiona a Izazaga para conciliar los ánimos.

Para remediar estas anomalías en el campo insurgente, el caudillo Morelos comisionó en los años citados al señor coronel Izazaga, para que con su representación se entrevistara con todos los

Momentáneo desconcierto producido por la aprehensión de Hidalgo en Acatita de Baján.

jefes, buscarse un avenimiento entre ellos y procurase que terminaran sus continuas disensiones.

En acatamiento a tal orden el coronel estaba luchando con buenos resultados para lograr el buen entendimiento entre los jefes de Michoacán, cuando recibió la fatal noticia, por conducto de un correo extraordinario, que le llevaba unas cartas, de que el 21 de marzo, en Acatita de Baján, fueron hechos prisioneros el señor cura Hidalgo y sus intrépidos generales Allende, Aldama, Jiménez, Abasolo y otros jefes que le seguían en su expedición a las Provincias Internas, a consecuencia de la vil traición del teniente coronel Ignacio Elizondo.

Ante este funesto suceso, don José María tuvo que ir acompañado del correo, a donde se encontraba el señor Morelos, en el campamento de la Sabana, el 26 de abril; allí le dio cuenta del tremendo desastre, el cual abatió enormemente al Caudillo y lo llenó de consternación; éste meditó por dos o tres días los pasos que debían darse para continuar la guerra, y como inmediata providencia dispuso que el coronel Izazaga se dirigiera a las provincias centrales, a fin de recoger mayores informes sobre tan grave pérdida para las armas insurgentes.

Mientras tanto, el Caudillo, que ya tenía cerca de tres meses en ese campamento organizando sus fuerzas, constituidas por más de dos mil quinientos hombres, y restableciéndose de sus enfermedades, puso en ejecución el plan que se había trazado; se dirigió rumbo a Chilpancingo, e inició con este movimiento la brillante campaña que tantos triunfos le dio, como hemos dicho.

Entre tanto, don José María se fue a cumplir su misión a las provincias de Michoacán y Guanajuato; consiguió audazmente encontrarse con el general don Ignacio López Rayón, quien le notificó la designación que como Jefe Supremo del Ejército Independiente le habían hecho el Gene-

ralísimo Allende y otros jefes, quienes la aprobaron en la junta que celebraron en Saltillo, antes de iniciar su proyectado viaje a los Estados Unidos. Rayón recibió como viejo amigo al señor Izazaga, y éste le hizo conocer las victorias alcanzadas por el señor Morelos en las costas del sur, debido a la excelente preparación y organización que había dado a sus tropas, ofreciéndole que al conocer su investidura de Jefe Supremo el señor Morelos lo obedecería acatando todas sus órdenes; habló después de la indisciplina y desconcierto que existía en las fuerzas independientes, por las continuas reyertas entre los jefes. En esta entrevista se trató de dar dirección a la guerra, formando un Centro de Gobierno que condujera la campaña con un solo mando y que acabara con la anarquía reinante.

Don José María acompañó al Jefe Supremo Rayón a su paso por la Intendencia de Michoacán; le fue muy útil a éste para lograr que los jefes que revolucionaban en esa provincia se plegaran a su obediencia, por la amistad que el señor Izazaga tenía con ellos, ya que lo conocían y lo apreciaban desde la conspiración de Valladolid. Hay que advertir que el señor coronel Izazaga comenzó a dudar de que Rayón pudiera someter a los jefes independientes, porque pronto se dio cuenta de que este caudillo venía infatuado y hasta despótico, con su nombramiento de Jefe Supremo de la causa insurgente, ya que se expresaba en tono autoritario, que pronto chocó a los jefes que operaban en estos lugares; pero no obstante esto, se calmaron las rencillas. Entretanto, me mandó a que le llevara unos pliegos al señor Morelos, en los que le comunicaba todo lo ocurrido cerca de Rayón, y le pedía instrucciones y autorización para permanecer en la provincia algunos meses; enterado el Caudillo, resolvió favorablemente la petición.

Morelos se reorganiza y lleva a cabo brillante campaña.

Fructífera labor de Izazaga en Michoacán y Guanajuato.

Conducta heroica
del pueblo de Zitá-
cuaro.

De inmediato, don José María procedió a cooperar en la reorganización de las tropas; en junio llegó con Rayón a Zitácuaro y allí, entre sus antiguos amigos, se dio cuenta muy de cerca de la lucha sostenida por los vecinos y soldados insurgentes de este heroico pueblo, donde con más empeño se peleaba en contra de los realistas, por el gran arraigo que tenían con la causa desde que se encendió la llama de la insurrección, y se hizo notable al resistir con temeridad admirable tres veces las furiosas acometidas de las tropas virreinales mandadas por el sanguinario jefe realista Torre, quien pagó con su vida el primer ataque hecho al patriota insurgente don Benedicto López, y después la derrota sufrida por Emparan, hasta que el chacal Calleja con grandes fuerzas tomó la plaza, y cometió horribles matanzas con los pobres vecinos que no pudieron abandonarla a tiempo.

No en balde el señor licenciado Izazaga tenía tanto empeño en iniciar la guerra en esta comarca del obispado de Valladolid, tan pródiga en valientes patriotas.

Rayón estableció en Zitácuaro su Cuartel General y distribuyó así a sus jefes: a don José Antonio Torres lo mandó a Uruapan; a la Comandancia de Zacapu, a Navarrete; a la de Tacámbaro, a don Manuel Muñiz y a Luna a la de Acámbaro.

Las rencillas entre
los insurgentes pro-
ducen nuevos desas-
tres.

A pesar de estas acertadas medidas volvieron a producirse las rencillas y la indisciplina; en aquel caos, el licenciado Izazaga fue el conciliador más eficaz, y por este motivo pensó volver al lado del señor Morelos e informarle personalmente lo que estaba observando y cambiar impresiones con él para adoptar la mejor forma de remediar esta perjudicial actitud de los jefes insurgentes. Así, pues, a fines de agosto llegó a Chilapa, y habló extensamente con el Caudillo sobre los fracasos de los insurgentes por sus des-

obediencias al mando supremo. Con datos precisos le informó cuál era el verdadero estado de la campaña en la provincia, en donde todo movimiento se trocaba en derrotas por las determinaciones tan desacertadas que tomaban los insurgentes en todas sus operaciones de guerra: don Manuel Muñiz había atacado a Valladolid el 30 de mayo y fue rechazado ya dentro de las garitas, y aun protegido por Rayón, todo fue inútil ante tanta desavenencia, puesto que, empeñado el combate, Muñiz, por celos y envidias con otros jefes que se batían con valor en las calles, se negó a darles municiones y a auxiliarlos con sus tropas de refresco; de ahí que en el otro ataque que se realizó a la misma plaza el 23 de julio, aunque sus tropas combatieron con temerario arrojo y penetraron a las calles céntricas, a pesar de la resistencia del enemigo, resultó un fracaso más, por falta de mando y por el desconcierto que había entre ellas.

Asimismo habíase derrotado a don José Antonio Torres en La Tinaja, y en el pueblo de La Piedad los jefes insurgentes S. Partida, Juan Herrera y Francisco Alatorre sufrieron terrible derrota infligida por el realista Negrete.

Morelos comisiona a
Izazaga para que
recabe fondos, pro-
visiones y armamen-
to.

Enterado de tan desagradables sucesos, el señor Morelos no estuvo conforme en acceder a lo que le proponía el señor licenciado Izazaga: que le permitiera irse a establecer a Uruapan, a fin de organizar y disciplinar a las divisiones insurgentes, pues tanto el señor licenciado Rayón, como don Manuel Muñiz eran sus amigos, igual que todos los demás jefes y eclesiásticos que habían tomado las armas, a quienes conocía bien por sus viejas relaciones desde la fallida conspiración de 1809. El Caudillo creyó más conveniente que don José María permaneciera cerca de él y así lo destinó a recorrer los pueblos de la costa del sur, para que lo ayudara a arbitrase recursos tanto en provisiones como en dinero y armamento.

El licenciado Izazaga cumplió con creces con tal encargo, pues mediante un sistema contributivo admirable, logró recaudar abundantes fondos debido a que todos los partidarios de la causa independiente y los pueblos conquistados, respondían a sus prédicas libertarias, dando con voluntad todo lo que más podían.

Izazaga ayuda a Morelos fabricando pólvora, municiones y fusiles, a la vez que fundiendo cañones.

En esta obra el licenciado pronto le fue indispensable al señor Morelos, ya que de esta labor resultó la formación de las maestranzas, que fabricaban pólvora, munición y fusiles, y al mismo tiempo comenzaron a fundir cañones; entre éstas se contaban las de Coahuayutla, La Orilla, Coacomán y Urecho.

Desde la memorable entrevista de Chilapa, la participación del señor licenciado Izazaga en los acontecimientos de la Guerra de Independencia, en 1811 y 1812, adquirió un aspecto trascendental e importante, y desde ese paso de su agitada vida se vio claramente el grande sacrificio a que lo obligaba la amistad con el señor Morelos; sin embargo, lo aceptó gustoso, sin hacer objeciones, aunque dentro de su clara inteligencia comprendió las grandes penalidades y peligros de todo género a que se vería sujeto, ocasionados por los realistas y hasta por los mismos compañeros y jefes insurgentes, como veremos más adelante.

Por su lealtad a la causa y por los constantes servicios que prestaba a las clases humildes, conquista Izazaga merecida popularidad que lo convirtió en un auxiliar insustituible para el generalísimo Morelos.

Es de suponerse que el señor Morelos conocía la necesidad de no separarse de este hombre desinteresado y patriota, en aquellos días en que comenzaban apenas sus gloriosas campañas, pues le demostraba con hechos reales ser su verdadero amigo, cumplía fielmente todas sus instrucciones y además advertía que don José María era muy estimado y querido de los habitantes de la costa, porque en su hacienda del Rosario se protegía a toda persona que se presentara en desgracia; y eran atendidos allí lo mismo el arriero o el comerciante aventurero, que los rancheros pobres o arruinados por las pérdidas de sus cosechas; nadie sa-

lía descontento después de contar sus cuitas a aquel ricachón alto y fornido, de mirada penetrante, con la que dominaba a los malvados, pues su gesto de rebeldía constante, su seriedad eterna, que no alteraba su rostro ni en el peligro, ni en la desgracia, ni en la alegría, lo hacían ser respetado por aquellas gentes que aunque sencillas en su trato, eran indomables por su carácter costeno, acostumbrado a todos los riesgos propios de la tierra cálida, donde se juega la vida por cualquier cosa. Pero sobre el respeto y el temor que les imponía con su sola presencia, estaba la gran veneración y aprecio particular que le profesaban; en su trato humano se reflejaba la grandeza de sus sentimientos y la nobleza de su alma, y de todo esto salía siempre el bien para los infelices desvalidos de la suerte y la fortuna; en toda ocasión su mano generosa estaba presta a repartir mercedes: daba una yunta de bueyes al rancharo necesitado o una partida de novillos al comerciante pobre que comenzaba a trabajar en los negocios, les fijaba un plazo razonable para su pago y muchos nunca liquidaban, pues con súplicas y ruegos lo ablandaban y les perdonaba la cuenta; a los arrieros los habilitaba de bestias de carga, tanto mulada como burros, y a veces hasta les proporcionaba mercancía en productos de la hacienda.

Es preciso decir que por tanta liberalidad lo hacían muy apreciado de las gentes de la Intendencia de Michoacán, y de manera preferente de las que vivían en las costas del sur, pertenecientes a la de México. En sus continuos viajes de Coahuayutla a Ario y Uruapan, al final de cada jornada se quedaba a dormir o a descansar hasta en la ranchería más humilde que tocaba; se sentaba en el suelo a comer las pobres viandas que le ofrecían, y platicaba familiarmente con los moradores, se informaba de sus necesidades y si había alguna que remediar luego los socorría o les

mandaba lo que pedían, ya fuera dinero, ropa o provisiones.

Por esto, al aparecer las primeras manifestaciones de insurrección por la independencia de la Nueva España, fue don José María uno de los principales instigadores de la guerra por la libertad de América; con la tenacidad que le era peculiar tomó en serio su misión de hacer prosélitos; y recorría casa por casa, haciendas o ranchos, para difundir las ideas de emancipación sobre el dominio español, y fue tanto el santo amor que demostró en su encargo que el espíritu de rebeldía se mantuvo en pie entre estas gentes hasta la terminación de la guerra.

Por lo visto, no carecía de fundamento la comisión conferida por el señor Morelos al licenciado Izazaga, y pronto se notaron sus benéficos resultados, pues no faltaron fondos para hacer la guerra, y por la forma eficaz en que se atendió la fabricación de armas y municiones; en premio a su esfuerzo el Caudillo se lo acercó más convirtiéndolo en su consejero privado; todo asunto lo trataba directamente con él, y a mí me cupo la dicha de comprobarlo al darme cuenta que en los grandes movimientos militares realizados por el gran caudillo Morelos, que dieran tanto brillo a las armas americanas hasta 1813, éste tenía largas conferencias con el señor coronel Izazaga y le confiaba serias y difíciles órdenes, antes de iniciar alguna de sus campañas.

Poco tiempo después, las envidias comenzaron a cernirse sobre don José María haciéndole casi imposible su estancia cerca de los letrados y personajes importantes que rodeaban al Caudillo, y aunque por desavenencias sin justificación, tuvo serios disgustos con algunos de éstos, su inmenso cariño por el triunfo de la causa se impuso a su carácter lleno de legítimo orgullo y de las virtudes que lo hacían digno ante toda bajeza. Aunque estaba educado con exquisito refinamiento, como

Morelos corresponde a los méritos y servicios de Izazaga otorgándole plena confianza y consultándolo en los casos difíciles, sobre todo en materia de operaciones militares.

La gran confianza que Morelos le dispensaba, atrajo sobre Izazaga la inquina y la enemistad de los discolos y de los intrigantes.

hombre criado en los campos costeros era audaz y pendenciero, y sólo se veía obligado a tener que tolerar las necedades e inquina con que lo miraban los aduladores del señor Morelos, por la sincera amistad que lo unía a éste.

En tales trabajos el señor coronel Izazaga se ocupó hasta fines de 1811, y le cupo la satisfacción de ver que las aguerridas huestes de la insurgencia triunfaban en todas partes, debido al plan de recabar fondos oportunamente para el sostenimiento del Ejército, de construir armas en las maestranzas y de reclutar hombres patriotas en las costas del sur.

Pero si incansable fue el licenciado en ese año, más lo fue en el de 1812; trató de que se intensificara el esfuerzo de todos los jefes insurgentes, a fin de que ayudaran al señor Morelos, y como no podía separarse de las regiones del sur, utilizando a sus fieles servidores nos mandó a recorrer las provincias de Valladolid y Guanajuato; de resultas de tal misión pude informarle que el Jefe Supremo, licenciado Rayón, había logrado algunos triunfos por su empeño en la lucha, ya que de manera infatigable se enfrentaba a las tropas realistas, y le daba prestigio a la Junta Gubernativa de Zitácuaro, aunque las disensiones entre los componentes de ésta cada día eran más serias, y ocasionaba que los jefes que la acataban no sabían a qué atenerse con lo cual se minaba la autoridad del señor Rayón, a tal grado que en los meses de septiembre a noviembre de 1811, fueron derrotados Muñiz en Acuitzio y Torres y Navarrete en Zimpimeo.

Como a pesar de estos descalabros y de las lamentables disidencias de los Vocales de la Junta, se multiplicaban las huestes insurgentes peleando denodadamente en toda la Intendencia, don José María no quiso descuidar la vasta región comprendida entre las costas del sur hasta Uruapan, pues ella aportaba continuamente partidas de pa-

Continúan las disensiones y rivalidades entre los insurgentes.

triotas que en forma voluntaria se unían a las filas insurgentes, para este fin encargó el mando de las fuerzas de Uruapan a su hermano, el coronel don Agustín de Izazaga, quien logró mantener comunicaciones con el licenciado, de acuerdo con instrucciones de éste.

La desunión de los jefes perjudicó mucho a la Junta de Gobierno; al ser atacado Zitácuaro por Calleja el 1º de enero, bien se hubiera podido auxiliar al señor Rayón si bajo un eficiente mando se reúne a tiempo, con sus tropas a los jefes don Manuel Muñiz, don José Antonio Torres, el padre Navarrete, el padre Carbajal, don Víctor Rosales, Montaña, Arias, Bedolla y otros más que luchaban en la Intendencia, además de los que peleaban en la de México, pues en conjunto hubieran constituido una fuerza respetable y numerosa que, moviéndose a tiempo, hubiera evitado la derrota, y con ella un golpe de tan funestas consecuencias para la Junta, ya que ésta perdió su prestigio y hundió en terrible desesperación y atraso a los ya divididos jefes insurgentes.

A todo esto vino a sumarse la inquietud provocada por el sitio de Cuautla Amilpas; se especulaba sobre cómo terminaría la contienda entre el señor Morelos y Calleja, y se pensaba que si se traducía en una pérdida para los independentes, toda la organización del Ejército se vendría abajo. Ante este trance, el licenciado regresó apresuradamente a Uruapan e instó a los jefes a que hicieran todo lo que estuviera de su parte para hostilizar a las fuerzas realistas, a fin de distraerlas mientras se conocía el resultado del sitio.

Con tal fin fue a entrevistarse con el señor Rayón, a quien pidió, que si estaba a su alcance, auxiliara al señor Morelos, o cuando menos realizara alguna maniobra para entretener al enemigo.

El señor Rayón reorganizó sus tropas con la rapidez y empeño que siempre demostró, y el 18

Con motivo del sitio de Cuautla por Calleja, don José María Izazaga hace los mayores esfuerzos para que Rayón y otros jefes distrajeran al enemigo hostilizándolo en otras zonas.

Izazaga desarrolla eficaz labor de avenencia y de concordia.

de abril atacó la importante plaza de Toluca; estableció un bloqueo que mantuvo inmovilizado al jefe realista Porlier, por todo el tiempo que fue posible, evitando así que éste reforzara a Calleja, ante la imposibilidad de avanzar con sus escasas fuerzas hasta las líneas enemigas que asediaban a esa población.

Ocupada Cuautla por los realistas, el Gobierno virreinal pudo disponer de tropas para lanzarlas contra Rayón; con tal fin envió una fuerte división a las órdenes del coronel don Joaquín del Castillo Bustamante, que Rayón pudo derrotar en el combate de Lerma, pero reforzadas las fuerzas realistas, tuvo que abandonar el pueblo.

En estas acciones de guerra don José María acompañó al señor Rayón, porque deseaba a toda costa que éste protegiera al Caudillo del Sur, durante el sitio; se creyó que estos movimientos se debían a un plan preparado atinadamente, pues sirvió mucho para distraer la atención del virrey Venegas, que se inquietó al advertir que el señor Rayón se sostenía a muy corta distancia de la capital.

Cuando ocurrió el desastre el 2 de junio, en la hacienda de San Agustín, el licenciado Izazaga iba camino de Uruapan, pues quería comunicarse con el señor Morelos, tan pronto como llegó, envió propios en su busca, con informes de los hechos ocurridos en la provincia.

Entretanto, el señor Rayón llegaba a Tiripetío, donde había citado a los integrantes de la Junta y al señor licenciado; en las sesiones celebradas se produjeron acaloradas discusiones, en las que el licenciado intervino amistosamente y trató de que no se llegara a un serio rompimiento. Se levantó un acta en la que se consignaba que las exigencias de la guerra obligaban a la separación temporal de los señores vocales, a fin de que en los puntos asignados continuaran la campaña. Al señor Verduzco le correspondió la provincia de

Valladolid, con Cuartel General en Pátzcuaro; al señor Liceaga, la provincia de Guanajuato; al señor Rayón, la Intendencia de México y, a propuesta del señor Izazaga, se consideró desde entonces como cuarto Vocal de la Junta Suprema, al señor Morelos, a quien se encomendó la zona del sur; el señor Rayón estableció su Cuartel General en Tlalpujahua.

Esta providencia fue un señalado triunfo de la labor de avenencia y comprensión que venía desarrollando el señor licenciado Izazaga. A primera vista, parecía que ya iban a calmarse un poco las rencillas internas, y dar mejor rendimiento a la conducción de la guerra; por tal motivo don José María pensó en entrevistarse con el señor Morelos y rogar a éste que lo dejara residir por algún tiempo en la provincia de Valladolid, a fin de establecer un centro revolucionario en la plaza de Uruapan, que diera más impulso a las operaciones militares en esa extensa zona.

Para el efecto, el licenciado Izazaga se dirigió al campamento del Veladero, donde el gran caudillo Morelos se ocupaba de la reorganización de sus aguerridas tropas, y de planear la conquista de plazas importantes.

El señor Morelos recapacitó sobre lo que le expuso el licenciado, estuvo anuente en atender sus razonamientos y le permitió formar el centro que pedía.

Con amplias instrucciones y facultades, el licenciado salió para Coahuayutla; allí nombró personas de su confianza que atendieran la recaudación de fondos y las otras comisiones que tenía a su cargo en la costa; de la maestranza de este pueblo se llevó consigo a dos de los más competentes extranjeros que la atendían, con el fin de instalar otra cerca de Uruapan, adonde arribó el día 12 de julio de 1812; inmediatamente me mandó a ver al señor Rayón con instrucciones de

Izazaga organiza un centro revolucionario en Uruapan.

Instala cerca de dicha población una maestranza y construye un baluarte para las fuerzas insurgentes.

El centro revolucionario de Uruapan proporciona armas, municiones y recursos a las tropas insurgentes.

Ayuda valiosa de los indígenas a la causa de la Independencia.

que le diera a conocer el plan de campaña que pensaba desarrollarse.

Es de justicia mencionar que el señor don Mariano Salgado, ferviente patriota y gran amigo del licenciado, se hizo cargo de las maestranzas de Coahuayutla y La Orilla, y que atendió eficientemente durante varios años.

Desde luego se dedicó a buscar el sitio propicio para establecer la nueva maestranza; encontró un lugar conveniente para sus fines y que a la vez podía servir de fuerte para acantonar una fuerza respetable en seguridad, por tratarse de unas barrancas inexpugnables, con una sola entrada abierta entre desfiladeros peligrosos; tal lugar se llamó Chimilpa y durante el curso de la guerra fue un baluarte que prestó abrigo y protección a los insurgentes.

Con tales preparativos que iniciaba el centro revolucionario, Uruapan se vio muy concurrido por tropas independientes que iban a recibir instrucciones y a pertrecharse de armas y municiones provenientes de las maestranzas establecidas; asimismo, recibían algunos fondos de los que reunía el licenciado de los simpatizadores de la causa, que eran numerosos en esos abnegados pueblos; y cuando tales fondos se agotaban, de su propio peculio ayudaba a los jefes que se le presentaban.

Cuánta abnegación y qué admirable ejemplo los de estas gentes de Uruapan; patriotas a carta cabal, que impulsados por la noble conducta de aquel bregador incansable, ningún sacrificio les arredraba; era tan grande el cariño de los habitantes de esta heroica población por la independencia, que casi todos tomaron las armas en contra del gobierno virreinal; entre todos se destacaban los indígenas tarascos de los barrios, que tanto servían peleando como soldados, o como correos y propios, llevando con diligencia los pliegos que les confiaba el señor licenciado, a quien

obedecían ciegamente en razón de que lo querían por lo bondadoso que era con ellos, y porque les proporcionaba amparo y ayuda en sus necesidades; puede estimarse que estos indios de la Sierra de Uruapan, igual que los de Zitácuaro, fueron fieles y abnegados sostenedores de la guerra de Independencia.

Izazaga, conocedor de la explotación de que la raza indígena era víctima, concibe generosas ideas para la época del triunfo, medidas para mejorar su situación, inclusive, dotándola de tierras y montes.

Al tratarse en este bosquejo de la participación de los indígenas tarascos de la Intendencia de Michoacán en la guerra, cabe dar a conocer la opinión que tenía don José María sobre la manera humillante en que eran tratados los indios por los conquistadores españoles. Hay que protegerlos, decía, hasta que sean enteramente libres y ciudadanos de este país, ya que nada tienen, viven del trabajo agobiante a que los sujetan sus explotadores, ya sea en la agricultura o en la industria, y siguiendo el viejo sistema de los alcaldes mayores, continuaban tiranizándolos, abusando de su debilidad e ignorancia, aprovechándose de la desigualdad de las condiciones económicas, puesto que los dominadores son excesivamente ricos y los indios extremadamente miserables; éstos pasan su vida llenos de dolor en el más estrujante abandono, sin poder salirse de las manos de los usureros, que los explotan vendiéndoles a precios arbitrarios los útiles de labranza, bestias de carga y utensilios para la industria, y los convierten por este medio en deudores y esclavos de su voracidad, sin esperanza de mejorar nunca su suerte, y quieren que se resignen a ser cruelmente oprimidos, menospreciados y envilecidos en beneficio de sus explotadores.

Conociendo tan terrible situación de los indios, el licenciado, que era para éstos un benefactor, esperaba que al lograr América su independencia, tanto ellos como los criollos y mestizos serían los verdaderos ciudadanos con derecho a los em-

La eficiente labor del centro revolucionario provoca celos y envidias.

Se propone Izazaga organizar fuertes contingentes y cuando ya lo había logrado, se apodera de ellos el ambicioso capitán general Verduzco, para llevar a cabo, por su exclusiva cuenta, descabellado plan.

pleos del Gobierno y a una distribución proporcional de montes y tierras.

Prosiguiendo nuestra narración, diré que tan digna labor del centro revolucionario, en lugar de ser bien recibida por los señores vocales de la Junta de Gobierno, les agrió los ánimos y desencadenó sus mal contenidas pasiones de mando y de dominio, al recelar torpe e injustamente de los trabajos que con tan buenos auspicios se realizaban en bien de la unión y la concordia de los insurgentes.

Por este motivo, no tardó mucho tiempo en presentarse en Uruapan el señor Capitán General Verduzco, acompañado de algunos oficiales y de su secretario Velasco, con grandes manifestaciones de aprecio y obediencia fue recibido por el señor licenciado Izazaga, así como por los vecinos y jefes que se encontraban en la población; se le enteró de todo lo hecho, y él dio a conocer su intención de organizar una fuerte división militar, pues ardía en deseos de sobresalir como caudillo y dirigir grandes operaciones, que en breve lo llenaran de fama. Una vez conocidos sus propósitos se le dio el mando de una fuerza de más de mil hombres bien equipados de todas armas; el licenciado se puso luego en actividad para organizar la pretendida división con todas las tropas de la provincia; pero fue tanta la propaganda que se hizo al pregonar los preparativos, que atrajo la atención de los jefes realistas, quienes se apresuraron con premura a sofocar todo movimiento que saliera de aquel Cuartel General.

Da tristeza el recordarlo; la primera derrota ocurrió en Pátzcuaro, sufrida por el señor canónigo Velasco; luego fue la de Aguanito, el 19 de septiembre, donde el mismo Verduzco sufrió un fuerte descalabro infligido por Negrete; en seguida la de Uruapan, el 26 de octubre, al ser atacado otra vez Verduzco por el mismo jefe realista.

Cuando ocurrieron estas derrotas, el señor licenciado Izazaga se hallaba en Ario, reuniendo todas las partidas independientes; le causaron mucha desesperación estos desastres.

Con gran esfuerzo se estaba logrando una enorme concentración de las fuerzas de toda la provincia, que unidas a los hombres reclutados en esos días ya pasaban de veinte mil, y puede estimarse que todos los jefes se habían reunido y esperaban órdenes sobre el desarrollo de un plan de operaciones bien trazado y combinado, el cual sería discutido en Consejo de Guerra por los tres vocales, a fin de atacar simultáneamente las plazas de Guadalajara y Valladolid; pero de improviso se presentó en Ario el señor Verduzco, se puso al frente de un numeroso ejército, y sin esperar la llegada de los otros vocales, señores Rayón y Liceaga, ordenó la marcha sobre Valladolid; practicó desacertadas medidas sin fundamento ni táctica, y dado su carácter apasionado e impetuoso, no quiso atender el consejo de los experimentados y prudentes, quienes opinaban que antes de proceder a todo movimiento se discutiera previamente el plan de las operaciones que se intentaba realizar.

Todo fue en vano: nadie, ni el mismo coronel Izazaga, pudo hacerlo cambiar de opinión; el hombre estaba deseoso de obtener la gloria por él solo, con la toma de Valladolid.

El 31 de enero de 1813, en las primeras horas de la mañana se atacó dicha plaza, colocando en el centro a las aguerridas fuerzas en las que iba el coronel Izazaga y que atacaron con furia la entrada de Santa Catalina, por considerarla un punto principal de defensa; en sus extremos derecho e izquierdo tenía a las tropas de Manuel Muñiz y del padre Navarrete; las del centro eran las que mandaba don Víctor Rosales y aunque se combatió con intrépido valor, todo fue inútil, en vista de que faltaba el jefe, y sin esta dirección cada

Fracaso total de Verduzco en su ataque a Valladolid, hoy Morelia.

quien hizo lo que pudo; de nada valieron los esfuerzos de los jefes más valientes que trataban de evitar el desorden, al salir los defensores, que contraatacaban, la retirada fue desordenada, pues huyeron las tropas independientes por todas partes y dejaron en el campo muchos muertos, heridos y toda la artillería.

En este impetuoso ataque es justo mencionar la heroica participación de unos niños de 12 a 13 años, que manejaban los cañones de a cuatro; fueron enviados de Uruapan por don Ramón Arriaga y pelearon con intrepidez, a tal grado, que quedaron copados dentro de la plaza; fue necesario que, por vergüenza, se enviaran tropas para que los sacaran del sitio donde se encontraban batiéndose con notable temeridad.

Estos niños, que deben recordarse con admiración y orgullo, fueron: José Angel, Rafael Cuara, Isidro Ayala, Juan Gómez, Ramón Tapia, Pedro Alvarez, Plácido Zamora, Ciriaco Moreno, Anastasio Ruiz y el pequeño José María, hijo del coronel Izazaga, que con gran valor fue quien dio el parte de que sus compañeros estaban copados, y guió a las tropas que los rescataron.

Los estragos de esta terrible derrota pronto se dejaron sentir en las filas insurgentes de Michoacán; se perdió toda esperanza de constituir un solo mando y de volver a formar tan fuerte división de tropas. En efecto, destrozado este plan de operaciones, no hubo otro que tuviera la importancia de éste, hasta la terminación de la guerra. Por otra parte, los pueblos que hicieron grandes sacrificios para proporcionar los fondos que pidieron los comisionados de Uruapan, para sostener los gastos de este numeroso ejército, se mostraron hostiles a Verduzco por sus intransigencias.

Don José María, herido en lo más hondo de su alma, volvió a Uruapan; se notaba gran decaimiento en su ánimo, con síntomas de estar enfermo y cansado por tantas desgracias; lleno de fe

A consecuencia de este desastre cunde el desaliento entre los insurgentes de Michoacán.

Descorazonado Izazaga, acaba por enfermarse seriamente, con lo que se estancó temporalmente la campaña

en la región de Michoacán.

en el triunfo de la guerra, organizó juntas de vecinos y dio instrucciones a sus jefes, recomendándoles siguieran la lucha sin desmayos; escribió varias cartas al señor Morelos, en que le comunicaba el fracaso y le prevenía de la ruina que se esperaba, porque además de estas contingencias tan desgraciadas, las rencillas se ahondaban entre Rayón, Liceaga y Verduzco. El licenciado sufrió un ataque de bilis y una depresión nerviosa, seguramente ocasionados por el trabajo intenso que realizó, pretendiendo hacer algo útil con las tropas insurgentes de la provincia; su enfermedad fue de fatales consecuencias para la causa que defendíamos, pues su ausencia de algunos meses atrasó la campaña en la extensa zona que controlaba; durante más de medio año estuvo separado del señor Morelos; su inactividad perjudicó el acercamiento que había logrado entre los señores vocales, pues ya no hubo quien tratara de eliminar sus disensiones, y se desbordó entre ellos el odio.

Mientras tales cosas ocurrían en aquella provincia, el señor Morelos llegaba, a finales de marzo, al campo atrincherado del Veladero, donde se sostenía durante más de dos años, el señor Mariscal de Campo don Julián Avila; tenía el propósito de atacar el puerto de Acapulco, cuyo asedio principió en los primeros días de abril; esta enconada lucha se prolongó hasta el 20 de agosto, en que capituló la fortaleza de San Diego.

Cuando cayó Acapulco, el licenciado se encontraba al lado del señor Morelos; desde principios de julio un poco restablecido de su enfermedad, y en atención a un llamado de éste para tratar asuntos importantes, sostenía diariamente pláticas con él, en las cuales le sugería la conveniencia de convocar un Congreso, tal como lo habían pensado en las juntas de Querétaro y Valladolid, antes de que estallara la insurrección, y el cual con tanto empeño pretendía formar el señor Hidalgo

Después de la caída de Acapulco en poder del generalísimo Morelos, Izazaga vuelve al lado de éste y sostiene con él trascendentes pláticas acerca de la necesidad de convocar un Congreso que sirviese de base para la constitución de un Gobierno fuerte y respetado.

El generalísimo Morelos y el licenciado Izazaga se ponen de acuerdo en cuanto al programa que el primero debería presentar al Congreso, con el nombre de "Sentimientos de la Nación", discrepando sólo en lo tocante al mando supremo del Ejército, que Izazaga sostenía que debería ser confiado a una sola persona y no a varias.

Izazaga demuestra su desinterés al rehusar el cargo de Diputado al Congreso y prefiere continuar fabricando armas, reclutando gente y allegando fondos para la guerra.

para dar dirección a la guerra. Además, por la preocupación que suscitaban las rencillas tan enconadas de los miembros de la Junta de Zitácuaro, consideraron necesario convocar tal congreso, con el objeto de acabar con el escándalo que originaban sus continuas reyertas, y dar, asimismo, los pasos necesarios para establecer un gobierno fuerte, que mantuviera el fomento de la guerra y propiciara la organización de los independientes.

En sus entrevistas les escuché algunas conversaciones en las que el señor Morelos expuso sus puntos de vista sobre el congreso, que se conocen con el nombre de *Sentimientos de la Nación*; coincidieron en las mismas ideas, en razón de que tales puntos de vista los habían adoptado desde antes de lanzarse a la guerra; el único punto de discrepancia consistía en la forma política de organizar el Congreso y en la selección de los individuos que lo integrarían; el mando del Ejército debería ser único y no se dividiría por ningún motivo; tales puntos fueron considerados en toda su importancia por el Caudillo, pues tenía una gran fe en el triunfo de la causa independiente, acrecentada por el éxito de sus gloriosas campañas y por el deseo que tenía de crear este cuerpo, que representaría en lo sucesivo las aspiraciones supremas de la nación.

En los días que se constituyó el Congreso en Chilpancingo, el señor Morelos quiso que el señor licenciado Izazaga formara parte de éste, representando a Michoacán; pero el licenciado le pidió que lo dejara cumplir la misión que tenía encomendada, diciéndole: "señor Morelos, por esta vez quiero pedirle me deje continuar mis trabajos, y después, cuando más se necesite, seré miembro del Congreso"; además, advertía que seguían intrigándolo los adutores del Caudillo. ®

El licenciado, alejado del Generalísimo en cumplimiento de su misión, volvió a Uruapan y siguió atendiendo sus maestranzas; encargó la del fuerte

de Chimilpa al coronel don Agustín de Izazaga, y siguió reclutando gente adicta para engrosar las tropas insurgentes, y recabando fondos para los gastos de la guerra.

Al tratarse del plan de operaciones para atacar Valladolid, Izazaga vuelve a discrepar del parecer del señor Morelos, quien no aceptó el plan muy interesante y quizá salvador, que Izazaga le proponía.

Al abordar el tema de las operaciones que iba a emprender el Generalísimo en la provincia de Michoacán y del ataque a Valladolid, surgió otra discrepancia: el licenciado le proponía al señor Morelos que estableciera su Cuartel General en Uruapan y que el Ejército marchara por Coahuayutla; mientras tanto, una división distraería las grandes concentraciones de tropas realistas que estaban pendientes de sus movimientos para atacarlos.

Ya en ese lugar, reunidas todas las tropas, se iniciarían las operaciones; como primera providencia se aislaría la Nueva Galicia; se tomaría Guadalajara; se activaría a la vez la campaña en la provincia de Guanajuato y se apoderarían de Valladolid, después de haber desbaratado con movimientos combinados en Puebla y Toluca las grandes concentraciones de los realistas.

En estas discusiones el que más censuró las proposiciones del señor Izazaga fue el señor licenciado Rosains, pues este individuo, fatuo, intrigante, en esos días gozaba de mucho ascendiente con el Generalísimo; así, pues, se hicieron las operaciones en forma tan imprevista, que lo bueno que se esperaba de esta campaña se tornó en una serie de derrotas de tan funestos resultados, que vino acabando con la vida de los más destacados e intrépidos jefes insurgentes, que tantas victorias habían logrado para las armas independientes.

El año de 1814 fue pródigo en desgracias para la causa insurgente: en Valladolid fue ejecutado el Capitán General don Mariano Matamoros; fueron derrotados don Víctor Bravo y Rosains por el realista Armijo; fue destituido el señor Morelos; se produjeron la pérdida de Oaxaca, ocurrida el 29 de marzo, el fusilamiento de don Miguel

Bravo, el 15 de abril, y el de don Ignacio Ayala; a tan irreparables pérdidas de jefes tan distinguidos vinieron a agregarse, en las filas insurgentes, numerosos fusilamientos de patriotas, y hasta de sus familias, como ocurrió en Zitácuaro y otros pueblos de la provincia de Michoacán; además, en este nefasto año, en toda la Nueva España se sacrificaron más vidas de insurgentes que en los demás años de la guerra.

A pesar de los desastres y desgracias sufridos, Izazaga siguió luchando para ofrecer al Congreso seguro asilo en la región de Uruapan, e intentó la formación de un nuevo y poderoso ejército.

Muerto don Hermenegildo Galeana, destrozadas las tropas independientes en todos los rumbos, agotada la moral entre muchos jefes, aumentadas las disensiones y los odios entre éstos, don José María trató de proteger al Congreso y le ofreció asilo seguro en Uruapan. Por fin, en atención a sus fundados razonamientos, decidió el Congreso ir a refugiarse a aquel lugar; fue bien recibido por todos los vecinos que colmaron de atenciones a todos sus miembros, y les proporcionaron todos los recursos posibles. Sin embargo, pronto el temor se volvió a apoderar de estos señores; no escuchaban con calma las seguridades que el señor licenciado les daba, por el conocimiento que tenía de esa región, de la lealtad de sus habitantes a la causa, de los refugios seguros que ofrecían sus montañas; y si no hubiera sido por el temor que siempre los acompañaba, bien podían haberse esperado hasta que el señor Morelos se hubiera recuperado de sus enfermedades y rehecho su decaído ánimo, por las derrotas sufridas; apenas estaba alentándose con la formación de un ejército de cuatro mil o cinco mil hombres, el cual estaba empeñado en formar don José María para que el Caudillo lo utilizara previo permiso del Congreso. Mientras tanto, a duras penas pudo el licenciado convencer a los señores diputados de la conveniencia de que permanecieran durante ese año entre Uruapan, Ario, Taretan, Santa Efigenia y Apatzingán; y a pesar de los ataques de los realistas Negrete y Andrade, ninguno cayó prisione-

ro, debido a la buena vigilancia que tenía establecida el señor Izazaga.

Mientras tanto, el señor Morelos permanecía en Zacatula y Atijo, para curarse de sus males y reunir algunas fuerzas integradas por hombres de su confianza que se le iban incorporando, muchos de los cuales habían servido a sus órdenes en 1811.

La división de tropas que pretendía formarse al Caudillo, para que la jefaturara, se compondría de las fuerzas mandadas por don Manuel Muñiz, don Víctor Rosales, don Benedicto López, don Ramón Rayón, don Gordiano Guzmán, don José María Vargas, el padre Navarrete, el padre Sánchez y otros jefes de la provincia, las cuales, unidas a las de don Nicolás Bravo, don Vicente Guerrero, y las de otros jefes de la costa, desde Coahuayutla hasta la Mixteca, constituirían el nuevo Ejército Independiente del Sur.

Reanimado el Caudillo con tales trabajos y poseído de la gran fe que siempre tuvo en el triunfo de la Independencia, laboró incansablemente con don José María y los señores diputados en dar forma a los puntos para una Constitución, la cual finalmente se aprobó y firmó con toda solemnidad el 22 de octubre de 1814 en Apatzingán, lugar a donde los condujo el señor Izazaga, seguro de protegerlos de toda eventualidad en caso de ser atacados por el enemigo.

El señor Morelos volvió a insistir en que el licenciado fuera diputado en este Congreso Constituyente; pero con súplicas el licenciado logró convencer al Caudillo de que lo dejara como estaba y sólo aceptó el grado de Brigadier que le otorgó el Congreso; como los enemigos que tenía cerca del Caudillo, no comprendían que este deseo de no figurar como diputado lo hacía por su desinterés y por atender los trabajos de organización del Ejército, se vio obligado a formar parte

Reunión del Congreso en Apatzingán y aprobación de la Constitución que lleva ese nombre.

Izazaga es nombrado Brigadier por el Congreso y para acallar murmuraciones, se ve obligado a aceptar el cargo de diputado, venciendo su anterior resistencia.

Izazaga protege al Congreso, salva a éste de ser aprehendido en masa por Iturbide y después de esto da hospitalidad al Congreso en su casa de Uruapan, proveyéndolo de todo lo necesario.

de este Cuerpo, y trasladarse a Uruapan con el fin de acallar murmuraciones infundadas y aceptar las responsabilidades que vinieran, pues como él mismo lo había previsto, sería diputado cuando verdaderamente fuera necesario y cuando la guerra estuviera en más peligro de perderse.

Con alarmas y zozobras los miembros del Gobierno andaban de un pueblo a otro, en la región donde don José María tenía gran influencia; así se enfrentaban con abnegación y gran espíritu de sacrificio, a todos los contratiempos, sin importarles las penalidades y privaciones a que se veían expuestos, mientras se organizaban las fuerzas para dar nuevo impulso a la guerra; pero el golpe atrevido que concibió don Agustín de Iturbide de apoderarse de los señores diputados y demás miembros del Gobierno, en el mes de mayo de 1815, vino a llenarlos de nuevos temores y hasta de un gran pánico imposible de vencer; plan audaz, que aunque preparado con seguridades de éxito fue desbaratado por los fieles patriotas amigos del señor diputado Izazaga, quienes dieron aviso con toda oportunidad a estos señores para que rápidamente abandonaran a Ario.

Se sabía que Iturbide tenía mucho interés en aprehender a don José María, porque no ignoraba que era un tenaz defensor de la Independencia, y que, convencido de la grandeza de la causa, luchaba incansablemente por su triunfo. A raíz del serio distanciamiento que tuvieron cuando Iturbide los delató en 1809, en Valladolid, el licenciado le hizo saber a éste que a pesar de todas las calamidades que vinieran, él lucharía, dentro de un campo de honor y no de traición, hasta que la independencia se consumara; como prueba del odio que Iturbide le profesaba, ordenó a Orrantía marchar a Uruapan, y apoderarse de él; al no encontrarlo ni en ese lugar ni en Chimilpa, este jefe realista se conformó con destruir el fuerte.

Pasado el peligro de la persecución de Iturbide, el Gobierno volvió a instalarse en Ario; pocos días después se trasladó a Uruapan, y celebraba sus sesiones en la casa del señor diputado Izazaga, quien se esforzaba por dar a sus miembros las mejores comodidades posibles, reunía con tésón fondos y provisiones, y estaba pendiente sobre todo en dar seguridad a sus personas.

El doctor José María Coss desobedece al Congreso, es sentenciado a muerte y es librado del patíbulo gracias a la generosa intervención de Izazaga y de otros vecinos.

Izazaga insiste en vano ante el Congreso en que se dé al señor Morelos el mando de todas las fuerzas que se estaban organizando y se le concediesen amplias facultades para la campaña en las provincias centrales.

Entretanto, ocurrió la desobediencia del doctor José María Coss, a los mandatos del Congreso; por este motivo fue aprehendido por el señor Morelos y llevado a Uruapan, donde se le sentenció a ser fusilado, en vista de su renuencia a demostrar ninguna sumisión. Ante tan desgraciado suceso, y no queriendo que se derramara la sangre de un miembro del Gobierno, el señor diputado Izazaga, acompañado de muchos vecinos y del señor cura don Nicolás Santiago Herrera, intercedió por el señor Coss y logró que a éste se le conmutara la pena de muerte por la de prisión perpetua en los calabozos de Atijo.

Al ponerse al frente de las fuerzas, el doctor Coss desobedeció la disposición, consignada en un artículo constitucional, de que los componentes del Congreso no podían ejercer ningún mando militar, mientras duraban en su cargo; esto motivó que al señor Morelos no se le diera el mando de las fuerzas que se estaban organizando, porque los señores diputados y demás miembros del Gobierno, cada vez que se discutía este punto mostraban indecisión; como en estas discusiones el señor Morelos insistía en que se le diera el mando de acuerdo con su elevada jerarquía, con amplias facultades para hacer la campaña en las provincias centrales, lo que se granjeó por tal insistencia fue nada menos que recrudecer más la enemistad de sus enemigos, que eran los oponentes, quienes consideraban que si se separaba del Gobierno el señor Morelos, surgirían más dificultades y desobediencias como la del doctor Coss; por tan-

to, abogaban porque este punto se aplazara hasta que el Congreso fuera instalado en un lugar que reuniera mayores seguridades para su funcionamiento.

Esta descabellada determinación de salirse de la provincia de Michoacán, como así la consideró el señor diputado Izazaga, fue aprobada después de largas y acaloradas discusiones; se dio el mando de las fuerzas al señor Morelos sólo para que escoltaran al Gobierno; una vez cumplida su misión lo dejaría por no poder ejercerlo en vista de ser miembro del mismo.

Como resultado de tales debates y debido a la oposición del señor diputado Izazaga y la de otros señores diputados, se aprobó nombrar una Junta Subalterna de Gobierno formada por don Manuel Muñiz, don Dionisio Rojas, don José Pagola, don Felipe Carbajal y el licenciado Ayala. Dicha Junta quedó investida de amplias facultades para gobernar en las provincias occidentales y en la interna hasta Texas; debería dar cuenta de todos sus actos al Congreso, en el lugar en que se encontrara.

A los señores diputados Izazaga, Sánchez, Arias, Sotero de Castañeda, a don Ignacio Alas, a don Antonio Sesma, a don José Villaseñor, al doctor Argándar y Ruiz de Castañeda, se les concedió licencia militar para poder incorporarse al Congreso; casi todos los que se quedaron lo hicieron por no haber podido conseguir que se le diera al señor Morelos el mando de las fuerzas preparadas para el nuevo Ejército del Sur, con lo cual se le sacrificó como sucedió al caer prisionero en Tesimalaca; proponían que se meditara este movimiento, y que se encargara el mando de las tropas que escoltarían al Gobierno, a don Nicolás Bravo o al general Muñiz; recomendaban seguir el camino de la costa por Coahuayutla hasta encontrarse con don Vicente Guerrero y otros jefes insurgentes que operaban en la Mixteca, mientras

El Congreso, a pesar de la oposición de Izazaga y de otros diputados, toma la descabellada determinación de abandonar la provincia de Michoacán y de trasladarse a otra zona, amparados al efecto por una escolta cuyo mando habría de confiarse al señor Morelos.

Inútiles esfuerzos de Izazaga y otros para convencer al Congreso de que en vez del señor Morelos deberían ser otros jefes los que escoltasen al Congreso y que, además, siguiese éste una ruta más segura que la torpemente acordada.

el Caudillo emprendía la campaña en las provincias centrales.

Sobre este punto el señor diputado Izazaga propuso al Congreso que la marcha se emprendiera por la costa, en pequeños grupos, para no despertar sospechas ni exponer a los integrantes del Gobierno a un fracaso; él mismo se ofreció a conducirlos, por conocer los lugares que iban a recorrer; pero como vimos, no quisieron oírlo y tomaron la fatal determinación que perdió al señor Morelos.

Después de la muerte del señor Morelos, víctima de la obstinación del Congreso, el movimiento de la insurgencia entró en un período de inevitable decadencia, sin que hubiera ya nadie capaz de substituir al genial caudillo.

Ante esta situación, Izazaga y otros jefes decidieron hacer un nuevo esfuerzo de reorganización y al efecto nombraron una nueva Junta de Gobierno, que con tal fin se instaló en Uruapan.

La ejecución del más brillante Caudillo de la guerra de Independencia y la disolución del Gobierno en Tehuacán, por don Manuel Terán, fueron dos graves sucesos que el año de 1816 marcaron el período terrible y desastroso para las armas insurgentes, sin esperanzas de unir el mando de todas las fuerzas, pues muerto el señor Morelos no había quien se pudiera significar para ejercerlo, porque aunque quedaban cuatro capitanes generales: don Ignacio López Rayón, don José Sixto Verduzco, don José María Liceaga y don Manuel Muñiz, por sus continuas reyertas ninguno podía ser obedecido y sofocar la anarquía reinante. Por tales razones don José María Izazaga, don José María Vargas y un grupo de comandantes y patriotas de Michoacán, indignados profundamente por el acto infamante ejecutado por don Juan Pablo Anaya, quien disolvió la Junta Subalterna de Gobierno establecida en Taretan, llegaron a la conclusión de que debía de formarse una nueva Junta de Gobierno que dirigiera la guerra y, de ser obedecida, reorganizara todas las fuerzas insurgentes que operaban en la Nueva España.

Con tan buenas intenciones el grupo encabezado por los señores Izazaga y Vargas, formó la Junta de Gobierno; fueron sus integrantes: don José María Vargas, don Remigio Yarza, don Víctor Rosales, don José Antonio Torres, don Manuel

Izazaga, ya con el grado de Mariscal de Campo, continuó sus trabajos en las maestranzas y siguió reclutando gente y haciéndose de fondos para la continuación de la guerra y el sostenimiento de la mencionada Junta.

Al no querer reconocer esa Junta don Ignacio Rayón y don Juan Pablo Anaya, Izazaga y sus colaboradores se vieron obligados a formar otra Junta de Gobierno, con la esperanza de que don Ignacio Rayón la reconociese; lo que no pudo lograrse, quedando definitivamente distanciado de él el señor Izazaga.

A pesar de la actividad desplegada por la Junta de Gobierno, continuó la se-

Amador, don José María de Izazaga, don Felipe Carbajal y el canónigo don José de San Martín.

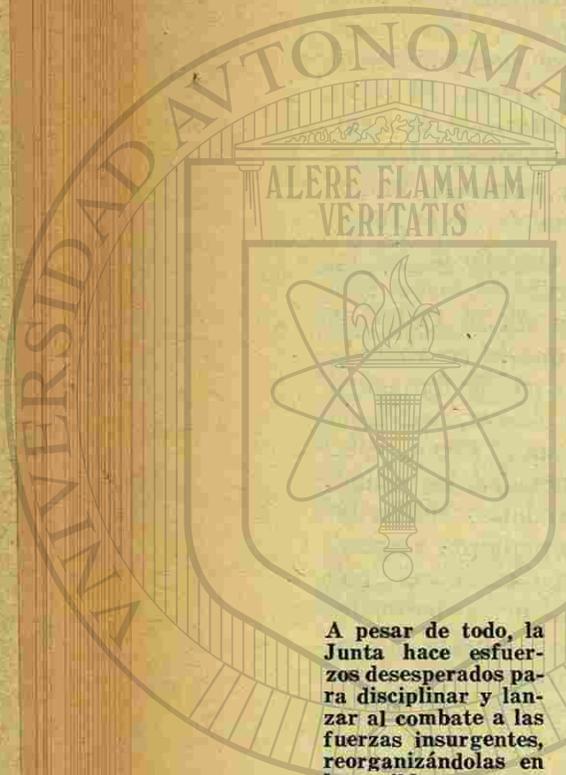
Por algún tiempo esta Junta quedó establecida en Uruapan; por causa de la campaña y de otras eventualidades se fue desintegrando, pues los jefes con mando de tropas tuvieron que ponerse al frente de ellas, y proseguir la guerra. El señor licenciado Izazaga, que ya era Mariscal de Campo, continuó atendiendo sus maestranzas, el reclutamiento de gente en la costa, y reuniendo fondos que tanta falta hacían a los miembros de la Junta.

Era tanta la constancia y el empeño de los insurgentes de Michoacán en seguir la lucha, que por no desear que se desintegrara el Gobierno invitaron al señor Rayón para que lo encabezara, olvidando todo lo pasado; pero por la terquedad e intrigas de don Juan Pablo Anaya, aquél no aceptó ni formar parte de la Junta ni reconocerla, y por conservar su antigua autoridad los intimó a que reconocieran sólo sus mandatos. Mucho lamentaron esta exigencia, que no pudieron aceptar; advirtieron que este caudillo no tenía más que ideas de dominio, que resultaban perjudiciales en aquellos aciagos días. Agotadas todas las súplicas ante él, resolvieron reorganizar la Junta de Gobierno, con la remota esperanza de que el señor Rayón, al conocer quiénes la integraban, daría su aprobación. La Junta quedó constituida en definitiva, por: don Ignacio Ayala, don Mariano Tercero, don José Pagola, don Mariano Sánchez Arriola, don Pedro Villaseñor, don José de San Martín, don Francisco Lojero y don Antonio Vallejo, y se estableció en el Fuerte de Jaujilla.

En las discusiones que tuvieron con el señor Rayón para que encabezara la Junta, éste y el señor Izazaga chocaron en sus ideas, y quedaron seriamente distanciados en lo sucesivo.

El Gobierno trabajó intensamente en ese año de 1816, impulsando, de acuerdo con el señor mariscal de campo Izazaga, a las fuerzas de don

rie de reveses y rendiciones.



A pesar de todo, la Junta hace esfuerzos desesperados para disciplinar y lanzar al combate a las fuerzas insurgentes, reorganizándolas en lo posible.

La muerte del ilustre Víctor Rosales y nuevas rendiciones, empeoran cada vez la situación.

Nicolás Bravo, de don Vicente Guerrero y de Montesdeoca; en un movimiento atrevido llegaron las tropas de este último hasta la Sabana, Coyuca y Dos Arroyos; don Benedicto López y otros jefes combatieron con éxito en la región de Zitácuaro; Guzmán, y González Hermosillo pelearon denodadamente en Nueva Galicia; pero en el último tercio de ese año, la Junta vio con desesperación los desastres que ocurrieron a los independientes: la destrucción del islote fortificado en Janitzio, que hizo el teniente coronel Castañón, jefe sanguinario que llenó de luto y desolación tanto a esta provincia como a la de Guanajuato; fusilaba sin piedad a todo individuo que suponía era insurgente; esta situación vino a agravarse con la rendición del comandante don José María Vargas, quien en esos días era el que tenía más renombre en el occidente de la provincia; también se indultaron otros jefes en Nueva Galicia; asimismo, se rindieron los fuertes del Carrizalillo y San Miguel Curistarán, y se produjo la caída de la isla de Mexcala, baluarte heroico que se había sostenido con gloria durante muchos años.

Sin embargo, tales acontecimientos desgraciados no desalentaron a los abnegados vocales de la Junta; antes por el contrario, les dieron más ánimo para dedicarse fervorosamente a convencer y a disciplinar a las tropas insurgentes; lograron ser obedecidos por los comandantes de las provincias de Michoacán, Guanajuato, Nueva Galicia y algunos de Zacatecas y México, así como por todos los que operaban en la costa del sur, quienes bajo la dirección del señor Izazaga demostraban más comprensión y procuraban organizarse y disciplinarse para combatir en mejores condiciones a sus enemigos realistas.

Y así, llegó el año de 1817: los señores vocales conservaron su autoridad y entusiasmo para dirigir la guerra bajo nuevas normas que reanimaron la campaña, con movimientos bien combinados;

todas las esperanzas estaban depositadas en las tropas de los señores Bravo y Guerrero, en las del padre Torres y don Pedro Moreno y otros jefes de Guanajuato; en las del mariscal de campo don Víctor Rosales en Michoacán, y en las que estaba organizando en el sur de la provincia el señor Izazaga; se cobró aliento con dos acciones que les fueron favorables: la toma de Tangancicuaro por el padre José Antonio Torres y el asalto al convoy que marchaba de Valladolid a Pátzcuaro, y que tomó el padre Sánchez. Sin embargo, los días aciagos volvieron al campo insurgente: se tuvo conocimiento de la rendición del fuerte de Cópore, de la derrota de los independientes, el 10 de marzo, en la Mesa de los Caballos, y de la muerte de don Víctor Rosales, ocurrida al ser sorprendido el 20 de mayo por los realistas; se había defendido con bizarría hasta caer acribillado a tiros. Triste papel desempeñó en esta tragedia el indultado Muñiz, quien, víctima de odios y pasiones mal contenidos, sirvió de guía para que coparan a don Víctor. Muerto Rosales, e indultados Muñiz, Vargas y otros jefes, la Junta Gubernativa se encontró en terrible trance; como resultado de estos sucesos fatales, todos sus planes se venían nuevamente por tierra, y era difícil en verdad sobreponerse a tanta calamidad. Por otra parte, debido a la obsecación del señor Rayón en abrogarse el mando único y destruir todo lo hecho, de nada valía que los señores de la Junta intentaran con él una conciliación, que terminara con el estado de cosas que arruinaba todos los esfuerzos para conducir la guerra; así pues, a fin de impedir más contrariedades internas, muy a su pesar se vieron obligados a reducirlo a prisión.

¡Cuán grandes y admirables fueron estos señores de la Junta, que lucharon en medio de tanto infortunio! En lugar de desmoralizarse, algunos de ellos salieron a recorrer las provincias de Gua-

En vez de desanimarse los miembros de la Junta, salen a recorrer las provincias de Guanajuato y Nueva Galicia y

cobran nuevo aliento con motivo de los triunfos del general don Francisco Javier Mina, el cual, por desgracia, no aceptó el bien meditado plan de campaña que la Junta le proponía.

najuato y Nueva Galicia y otros, acompañados del señor Izazaga, fueron a dar con su presencia nuevos bríos a los comandantes insurgentes de la costa. En estos pasos andaban cuando el 28 de junio llegó a Jaujilla la comunicación que les envió el general don Francisco Javier Mina; este fausto acontecimiento fue celebrado con alegría; se volvieron a concebir esperanzas de alcanzar el triunfo de la causa independiente con la ayuda de este grande caudillo navarro. En efecto, la llegada del general Mina al Bajío les dio algún respiro a los señores vocales; de inmediato trataron de formular planes para organizar un Ejército fuerte y respetable, pero fue muy grande su decepción al advertir que el señor Mina no los aprobó, porque no estaba dispuesto a salir de esos lugares; era de suponerse que lo hacía por el desconocimiento que tenía del país o por algún plan determinado que lo aferraba a no separarse de la provincia de Guanajuato.

La Junta proponía al señor general Mina que se trasladara a Uruapan, sur de Michoacán, atendiera las indicaciones del señor Izazaga para que, aprovechando la excelente oficialidad que traía, procediera a formar un ejército de cinco o seis mil hombres bien disciplinados, vestidos y armados; de esa región habían salido muchos patriotas para la guerra, como aquellos famosos negros costeños de Coahuayutla y Petatlán, que tanto se distinguieron en el glorioso sitio de Cuautla y en otros combates; para tal fin se contaba en esta vasta zona llena de haciendas y rancherías, con poblaciones como Ario, Taretan, Tancítaro, Aguililla, de buen clima; y las de Apatzingán, Urecho, Parácuaro y otras de la tierra caliente; en esos lugares el señor licenciado era obedecido y respetado por sus moradores; además, se disponía, como fuerzas ya organizadas, de las divisiones que mandaban los señores Bravo y Guerrero y los otros jefes de la costa del sur.

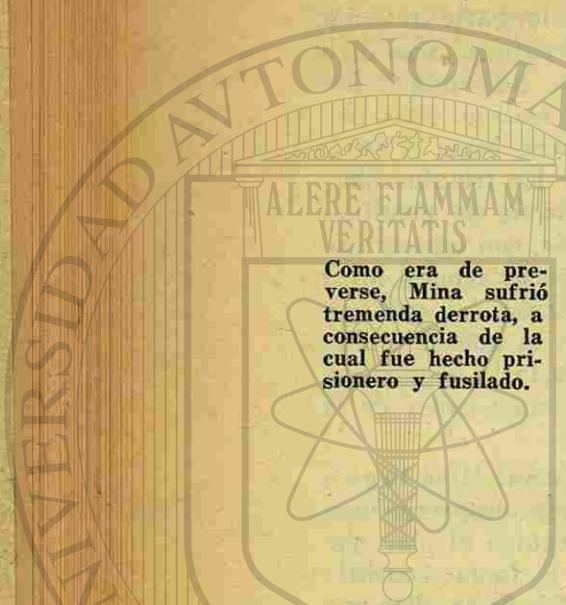
El plan de la Junta era casi el mismo que el señor Izazaga había propuesto al Congreso: organizar un ejército al señor general Mina, a semejanza de aquel que pretendía formarle al señor Morelos; además lo quería de cuatro o cinco divisiones, con planes de campaña bien preparados para la guerra ofensiva. Para realizar estos planes, tanto los señores de la Junta, como el señor licenciado, estimaban que por los triunfos obtenidos en Valle del Maíz, hacienda de Peotillos, Pinos y San Juan de los Llanos, con escasas tropas y en país desconocido, el señor general Mina era el más indicado para dirigir tal ejército; creían, además, que lanzado a la guerra con su actividad sorprendente, encendería la hoguera ya casi extinguida de la noble y santa causa de la independencia de este reino.

El 12 de octubre el señor general Mina llegó a Jaujilla; se le recibió con grandes demostraciones de aprecio; y se discutió en seguida el plan que sometió a la consideración de la Junta; consistía en atacar a Guanajuato y después desarrollar una serie de movimientos en la misma provincia. Se quejaba a la vez de la falta de orden y disciplina de algunos jefes insurgentes que operaban en esos lugares.

Los señores de la Junta hicieron ver al general Mina lo difícil que era realizar tales operaciones con tropas desorganizadas y en un sitio donde existía una fuerte concentración de fuerzas realistas; a cambio de su plan, le ofrecían organizarle el ejército mencionado; sin embargo, el señor Mina no aceptó la oferta y adujo que su honor de soldado no le permitía dejar sin auxilio al Fuerte de los Remedios, donde se encontraban algunos jefes suyos, y volvió a insistir en que el mejor medio para hacer retirar al realista Liñán de ese sitio, era el ataque a Guanajuato.

Los señores de la Junta lamentaron mucho la determinación del general, y proporcionaron a és-

El general Mina, por el contrario, se obstinó en no abandonar su propio plan, o sea el de un temerario ataque a la ciudad de Guanajuato.



Como era de preverse, Mina sufrió tremenda derrota, a consecuencia de la cual fue hecho prisionero y fusilado.

A pesar de la prisión, hecha por los realistas, de los generales Rayón, Bravo, y Verduzco, la Junta logra reorganizarse y emprender nuevas actividades.

te los auxilios y tropas que les fue posible, de acuerdo con sus precarios medios; al despedirlo le desearon buena suerte y muchos triunfos en su empresa; sin embargo, quedaron desconcertados y tristes, pues preveían el fin, y así fue; el general Mina atacó a Guanajuato el día 25, sin conseguir tomar la plaza. Se retiró en medio de gran desorden, y el 27 de ese mismo mes cayó en poder de Orrantia, y acabó así la esperanza de que hubiera sido el rayo fulminante que abriera la brecha que reviviera la guerra.

El 11 de noviembre el general Mina fue conducido al cerro del Bellaco, a fin de que su ejecución fuera contemplada por los insurgentes que defendían el Fuerte de los Remedios, y ello intimidara a éstos; fue fusilado por la espalda ante sitiados y sitiadores, y murió con un valor admirable.

A pérdida tan irreparable hay que agregar la toma del Fuerte de Jaujilla, realizada por las fuerzas realistas, así como la prisión de los caudillos Rayón, Bravo y Verduzco, ocurrida en diciembre de 1817.

A pesar de todos estos desastres, los miembros de la Junta que se habían escapado de Jaujilla antes de caer, con heroico esfuerzo siguieron luchando, estableciéndose por algún tiempo en la ranchería de Zárate.

En 1818, la racha de infortunios, siguió abatiéndose en las aguerridas partidas insurgentes y en los señores de la Junta; el 21 de febrero, el traidor Vargas aprehendió en Zárate al señor canónigo don José de San Martín; los demás miembros que pudieron escapar de esta persecución, marcharon rumbo al sur y cerca de Huetamo reorganizaron la Junta con don José Pagola, don Mariano Sánchez Arreola, don Pedro Villaseñor y don Pedro Bermeo; procedieron con su acostumbrada constancia a acrecentar dentro de lo posible la campaña en Michoacán, el Bajío, la Nueva Ga-

licia y las costas del sur, tratando a la vez de extender su autoridad a los jefes insurgentes de esos lugares.

Se hallaban ocupados los señores vocales en estos trabajos, cuando nuevamente la desgracia se abatió sobre ellos, pues el 1º de junio Pagola y Bermeo fueron hechos prisioneros y fusilados en Huetamo, por el jefe realista don Juan Isidro Marrón; los señores Sánchez Arreola y Villaseñor huyeron a la Hacienda de las Balsas y allí, protegidos por don Vicente Guerrero, establecieron el Gobierno; a ellos se sumó don Mariano Ruiz de Castañeda, a propuesta del señor Izazaga.

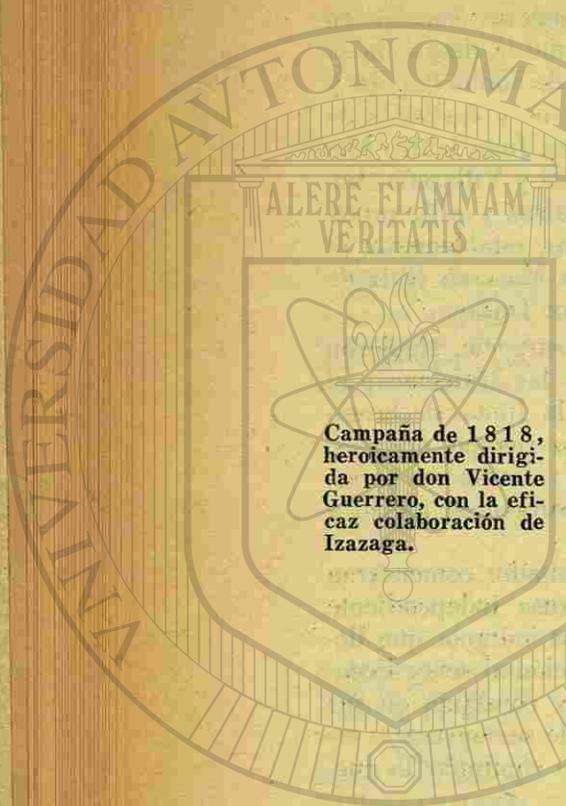
En este año, en el campo insurgente, siguieron registrándose los sinsabores y las traiciones; el padre Torres se indisciplinó a la Junta, declarando que no la reconocía; poco tiempo después, debido a sus desaciertos que le valieron ser perseguido hasta por los mismos insurgentes, murió a manos de un capitán Zamora.

En esta época difícil los indultados comenzaron a ocasionar más daño a la causa independiente que los propios realistas; hechos indignos que llenaron de amargura y desesperación al señor licenciado Izazaga; pero indómito y constante en sus ideas de libertar a esta nación de sus opresores españoles, concibió otro plan para continuar la guerra.

Muerto el Caudillo Mina y desaparecidos tantos valientes insurgentes, el señor Izazaga sólo pensó en formar el ejército que mandaría el señor Guerrero. Con tal fin sostuvo pláticas con los diversos jefes que seguían luchando, para que se tomase el acuerdo de nombrar al señor Guerrero General en Jefe de todas las fuerzas del sur, lo cual ocurrió el 12 de marzo de 1818; el señor licenciado se confinó en la extensa zona de la costa, donde era tan estimado y conocido como ya lo hemos dicho; procedió a organizar en toda forma la defensa de esos lugares, reclutando gente entre los

Caen prisioneros dos miembros de la Junta y se indisciplina el famoso padre Torres.

Sin perder la fe, Izazaga se propone aprovisionar y reforzar a las tropas de don Vicente Guerrero, y al efecto las provee de abundantes armas y municiones, procedentes de tres maestranzas que reconstruyó.



Campana de 1818, heroicamente dirigida por don Vicente Guerrero, con la eficaz colaboraci3n de Izazaga.

ya famosos negros costeños; reconstruy3 las maestranzas de Coahuayutla, La Orilla y la de las montañas de Coalcomán, que subsistieron hasta la terminaci3n de la guerra; de all3 salían muchas armas y municiones para pertrechar a las fuerzas insurgentes; esta regi3n era un verdadero baluarte de montañas inaccesibles, que proporcionaba seguridad al Caudillo Guerrero, y donde podía rehacerse de sus descalabros y descansar de las fatigas de la campana, pues los realistas nunca lo persiguieron hasta esos lugares; s3lo en una ocasi3n Armijo lo intent3 bajando a La Orilla, pero sufri3 muchas penalidades y estuvo a punto de perder la vida, pues le mataron el caballo que montaba y le causaron muchas bajas entre muertos y heridos.

Sobre esta campana de 1818 debo decir que el denodado Caudillo Guerrero, secundado con acierto y entusiasmo por sus valientes e infatigables jefes Isidro Montesdeoca, Pablo Galeana, Juan Alvarez, Pedro Ascencio, Pablo Ocampo, el padre Izquierdo, Mongoy, Anzures, Frías, De la Rocha, Velázquez, Tavera y otros mäs, siempre conserv3 la ventaja, tanto en la defensa del terreno que dominaba, como en la ofensiva contra los realistas. De com3n acuerdo con las indicaciones del seńor Izazaga, se estableci3 una serie de reductos fortificados y de lugares de refugio, así como de aprovisionamiento de guerra y boca; sus movimientos eran tan bien preparados y combinados, que cuando los realistas se apoderaban de alg3n lugar, lo encontraban completamente abandonado, se veían obligados a dejarlo luego; en su penosa retirada eran hostilizados por los insurgentes; ademäs, el mal clima completaba la obra liberadora de éstos. Cabe mencionar tambi3n, que tanto el seńor general en jefe Guerrero, como sus lugartenientes, eran muy queridos y respetados por todos los habitantes de esos lugares; trataban a los costeños con carińo, casi de manera patriarcal, y así,

siempre tenían en cada habitante de esta heroica zona un amigo, un soldado y un patriota que daba cuanto tenía para ayudar a la campana.

En lo que se refiere a la reorganizaci3n del ej3rcito, puede afirmarse que la disciplina de sus tropas era mäs s3lida, la tática mäs estudiada y bien comprendida, las operaciones iban siempre precedidas de servicios oportunos de exploraci3n y espionaje en lugares ocupados por los realistas; todos los movimientos se desarrollaban por sorpresa; caían sobre el enemigo a grandes distancias y donde menos se les esperaba; en la defensa del terreno dominado, su situaci3n era ventajosa y a cubierto del poder destructor de los realistas; s3lo la traici3n de algunos malos elementos dio ocasi3n a sufrir contados reveses.

De esta manera se operaba en la amplia zona que se extiende desde Coahuayutla hasta las Mixtecas; con esa sorprendente actividad que desplegaba el seńor Izazaga, se dedic3 a impulsar a las tropas de don Gordiano Guzmán, en la Nueva Galicia, y a las de Bedolla y Huerta, en Michoacán, así como a las partidas de otros comandantes insurgentes que recorrían esas provincias y las de Guanajuato, dándoles atinados consejos sobre disciplina y sobre la tática que debían de emplear en lo sucesivo.

Con sus bien organizadas tropas, durante todo el ańo de 1818 el seńor Guzmán fustig3 a los realistas; realiz3 una campana desconcertante para el enemigo, tocando puntos vulnerables, utilizando la sorpresa y las marchas largas. Por lo que se relaciona con la defensa para sostenerse en sus posesiones, combin3 muy bien sus planes, que evitaron la sorpresa; con esta nueva forma de pelear ocasion3 varias derrotas a los realistas y les produjo continuas zozobras en los lugares donde antes se creían seguros e intocables.

En el curso de esta campana el seńor Guzmán atac3 a Tecalitlán y a Tuxpan, y sostuvo otros en-

Izazaga, gran organizador, presta valiosa ayuda a los insurgentes de Nueva Galicia, Michoacán y Guanajuato.

Brillante campana de don Gordiano Guzmán.

cuentros con los realistas en haciendas y rancherías, donde varias veces desbarató sus destacamentos.

También en esta empresa se distinguió el coronel insurgente don Santiago González, quien sostuvo varios combates en Lagos y en los Altos de Ibarra, contra el jefe realista Ruvalcaba, feroz asesino que no sólo mataba insurgentes de las partidas armadas, sino también cobraba víctimas en los desgraciados habitantes de aquellas asoladas comarcas. Dentro del plan trazado, la campaña del Bajío fue sostenida por los jefes Arago, Borja y otros, quienes lucharon con la misma táctica de los de Nueva Galicia y Michoacán, y obtuvieron algunas victorias.

Ofensiva del realista Armijo y crueldades de éste.

El señor general Guerrero seguía sosteniendo la campaña con muchas probabilidades de vencer al enemigo; Armijo, por su parte, reforzaba su división con fuerzas numerosas que le fueron enviadas de México, en razón de que al virrey le urgía que se acabara con la insurrección del sur; en abril, el jefe realista atacó el campamento de San Gregorio, el cual tomó debido a la traición del comandante Ignacio Bermúdez y del capitán Luciano Calvo, a quienes después se fusiló. Armijo permaneció algunos días en ese lugar, fusiló a todos los prisioneros y a fines de mayo emprendió la marcha para Zacatula, que estaba defendida por don Isidro Montesdeoca, don Pablo Galeana, Mongoy, Alvarez y otros; los independientes ocupaban las trincheras levantadas desde ese lugar hasta La Orilla; el asedio duró varios días, durante los cuales los insurgentes pelearon con su acostumbrado valor, pero al fin se vieron obligados a retirarse porque las tropas del enemigo eran más numerosas.

Armijo determinó permanecer en esa comarca proscrita para las armas españolas, desde 1811, a fin de afirmar allí la dominación absolutista, pero el terrible clima vino en auxilio de los aque-

rridos insurgentes y lo obligó a salirse antes de que se le enfermara toda la tropa; inutilizó la artillería, incendió las poblaciones y rancherías y destruyó las siembras.

En su rápida retirada fue constantemente hostilizado por Montesdeoca y Mongoy, quienes en el ataque de Quirindal y Zencénguar lo despojaron de casi todo el botín que había recogido en San Gregorio y Zacatula.

El señor Guerrero, a salvo de los ataques de Armijo, circunstancia favorable en el logro de la cual hasta la estación lluviosa le ayudó, permaneció durante algún tiempo en Coahuayutla, dedicado a instruir a sus soldados y a fundir cañones en la maestranza.

Estaba ocupado en estos trabajos cuando recibió aviso de que Armijo se dirigía a atacarlo, por lo que el 15 de septiembre, con cerca de mil hombres, decidió salir a su encuentro; lo derrotó en el pueblo de Tamo, le causó más de trescientas bajas entre muertos y heridos, le hizo muchos prisioneros, y le quitó todo el parque y equipajes que traía. El 30 del mismo mes lo volvió a derrotar en Zirándaro; el jefe realista perdió mucha gente y cerca de 500 fusiles, que fueron de gran utilidad a los insurgentes.

Alentado con tales triunfos y contando con cerca de 3,000 hombres sólo en esa región, resolvió incursionar por la orilla izquierda del Mexcala y, victorioso siempre, se apoderó de los puntos fortificados de Coyuca, Ajuchitán, Santa Fe y Tetela del Río; en la margen opuesta tomó Huetamo, Cutzamala, Tlachapa y Cuahulotitlán; combatió en más de veinte ocasiones en los últimos meses de 1818, y al principiar el año siguiente se consideró dueño absoluto de toda la zona sur, que comprendía desde Michoacán y Nueva Galicia hasta Colima.

En 1819, la suerte les fue adversa a los intrépidos insurgentes del Bajío, pues el 3 de junio

Reveses de los insurgentes en el Bajío.

murió combatiendo con valor don Andrés Delgado, el famoso "Giro", quien se batió rodeado de enemigos, hasta caer lleno de heridas. En la sierra de Jalpa, el señor doctor Magos y el coronel don Miguel Borja riñeron varios combates con el jefe realista Casanova, en los primeros meses de ese año; fueron tan repetidas las derrotas de los realistas, que se acordó realizar una campaña en toda forma contra los insurgentes; con tal fin se movilizó al Brigadier don Melchor Alvarez, quien llevaba consigo entre otros indultados, a Epitacio Sánchez; tales individuos conocían bien el terreno y eran quienes más se ensañaban persiguiendo a los insurgentes; sin embargo, durante bastante tiempo no lograron atraparlos; se desquitaban devastando la comarca, incendiando las casas, y pasando por las armas a sus pacíficos habitantes; el capitán Guadalupe González fue el único militar que fusilaron.

Acosados materialmente por sus enemigos, el doctor Magos y otros ya no pudieron sostenerse, y se vieron obligados a indultarse; Borja cayó prisionero.

Sobre la manera de pelear de estos jefes independientes de Guanajuato, los jefes realistas reconocieron que tenían más alta disciplina, mejor organización y buena táctica militar, y que realizaban movimientos que los desconcertaban en sus operaciones.

Más derrotas en Michoacán.

En la provincia de Michoacán, el señor coronel don Juan Davis Bradburn, que tenía la misión de reorganizar y disciplinar a las tropas insurgentes y establecer cuarteles y maestranzas, fue atacado por más de mil quinientos hombres en las cañadas de Huango; debido al corto número de sus efectivos, pues él tendría unos ciento cincuenta hombres, quedó derrotado después de pelear con temeridad; logró salvarse con muy pocos de los suyos y dejó bastantes muertos y heridos; a los

que cayeron prisioneros se les fusiló sin piedad alguna.

En la misma provincia también sufrieron serios reveses Huerta y otros jefes; como resultado funesto de tales descalabros, se indultaron don Mariano Tercero, vocal de la Junta de Gobierno; don Juan Pablo Anaya, el padre Navarrete y el comandante Huerta; lo mismo hicieron en el Bajío Arago y Erdozain y otros insurgentes de menos renombre.

Sin embargo, no todo era fracaso en el campo independiente: el tenaz e infatigable general en jefe don Vicente Guerrero, sostenía reñidos combates con Armijo, en los primeros meses de 1819, y don Pedro Ascencio, su eficaz lugarteniente, tenía acosados a los realistas. Ante los desastres de las partidas de Michoacán, el señor Guerrero se situó en los confines de esa provincia con el propósito de proteger a los insurgentes; desgraciadamente no pudo impedir que la Junta Gubernativa cayera en poder del enemigo, al ser atacada por sorpresa; fue fusilado el vocal Arreola, y este lamentable suceso originó que la guerra quedara sin dirección.

Don Vicente Guerrero sostiene una campaña de guerrillas, con suerte variable.

A pesar de todo, no se arredró el señor Guerrero y siguió peleando con valor como ya dijimos; su aguerrido comandante Ascencio, situado en Tlatlaya, contaba con un bien disciplinado cuerpo de más de mil hombres, que no daban descanso a los realistas, atacándolos en puntos muy distantes, donde menos se les esperaba; recibían instrucción militar casi a diario y hacían ejercicios de marchas a largas distancias, así se encontraban preparados para soportar toda fatiga y listos para pelear en cualquier momento.

El señor general Guerrero y sus fieles jefes retuvieron durante todo ese año el dominio de un extenso territorio enclavado desde la cuenca del Balsas hasta la Mixteca. La llegada de más fuerzas al mando del teniente coronel don José Anto-

nio Echávarri, que vinieron a reforzar la poderosa División de Armijo, en vista de que el virrey le había dado a éste todo lo que pedía, a fin de acabar lo más pronto posible con los insurgentes de esos lugares, desconcertó un poco al general Guerrero.

De improviso, Armijo cercó la posesión de Barrabás, le tomó por asalto y obligó al señor Guerrero a cruzar el Balsas y dirigirse a Michoacán; en el interior de esa provincia el general insurgente sostuvo reñidos combates con los realistas Barragán y don Pío María Ruiz; y a consecuencia de la derrota que sufrió en Agua Zarca, volvió a atravesar el río y entró en las tierras del sur, donde pronto pudo recobrase de su descalabro.

Creo interesante consignar en esta narración, el hecho de que desde finales de 1818, se advirtió en esta zona una gran concentración de individuos procedentes de diferentes lugares del virreinato; en su mayoría eran antiguos insurgentes, aventureros o personas ricas simpatizadoras de la causa, quienes perseguidos por el gobierno virreinal iban en busca de refugio a esa comarca, último baluarte de los heroicos luchadores de la Independencia. Todas estas personas fueron muy bien recibidas por los señores Guerrero, Izazaga y por los jefes y vecinos de la costa; muchas de ellas se incorporaron a las tropas, y otras a las maestranzas, y las más ilustradas e inteligentes fueron muy útiles con su consejo para conservar viva la llama de la guerra.

Desde mediados de 1819, se comenzó a notar la ausencia, tanto en Uruapan, como en el Rosario y Coahuayutla, del gran batallador señor licenciado Izazaga, pues no aparecía por ningún lugar y muy pocos sabían su paradero. En torno a su persona se hacían varias conjeturas; unos, lo suponían enfermo, oculto en las montañas de Coalcomán; otros afirmaban que andaba por el extranjero, y sus enemigos propalaban la especie

de que se había indultado y había salido del país. Lo cierto que se nos perdió de vista por mucho tiempo, y que tanto sus más allegados y amigos, como su familia, nada sabíamos de él.

Hazañas de Pedro Ascencio.

Mientras tanto, el señor general en jefe Guerrero, seguía firme en sus posesiones y, en 1820, resistió los fuertes ataques de Armijo; el valiente Ascencio, unido al padre don José Manuel Izquierdo, derrotó en marzo al jefe realista don Juan Rafols al atacar Tlatlaya, matándole más de cuatrocientos hombres. Los realistas, no conformes con este desastre, volvieron a la carga con tropas de refresco procedentes de Querétaro, Celaya y Toluca, pero nuevamente fueron derrotados en Cerromel; así dejaron descansar durante algún tiempo al intrépido insurgente, y éste, incansable, pudo exterminar a las partidas más cercanas y logró tomar la hacienda de los Luvianos, punto desde el cual los realistas lo hostilizaban con frecuencia.

Por este tiempo el señor Guerrero nombró su segundo jefe al Brigadier don José María Lobato; éste, en el mes de mayo, puso en grandes dificultades y serios apuros a las tropas de Armijo, atacándolas por todas partes con gran rapidez, y arrollando a los destacamentos, que por encontrarse dispersos en grandes distancias, no podían ser socorridos a tiempo.

Impotente para dominar a los bravos insurgentes del sur y desalentado por tantas dificultades que le presentaba la campaña y por los continuos descalabros que sufría, así como por las reconvencciones que le hacía el virrey, Armijo se vio obligado a renunciar al mando de la Comandancia del Sur, cosa que sucedió en noviembre.

A fines de ese año, en su lugar fue nombrado don Agustín de Iturbide, uno de los primeros traidores que delataron la conspiración de Valladolid; fue sanguinario y feroz, y durante el tiempo

El realista Armijo se ve obligado a renunciar, debido a sus frecuentes descalabros.

Entra en acción el traidor De Iturbide, designado por el virrey como sucesor de Armijo.

que tuvo mando de tropas, llevó a cabo terribles matanzas de insurgentes y de inocentes pacíficos.

En diciembre, Iturbide estableció su Cuartel General en Teloloapan, y decidió iniciar la campaña del sur para destruir a los independentes; atacó al jefe Ascencio en Tlatlaya; pero éste se emboscó en las cercanías, y el 28 de ese mes consiguió destrozar la retaguardia que mandaba el capitán don José María González.

Izazaga, después de permanecer oculto por algún tiempo en la ciudad de México para enterarse de los graves acontecimientos ocurridos en España, vuelve al Sur, lleno de aliento por haberse dado cuenta de que la causa de la independencia ganaba cada día nuevos adeptos.

A principios de 1821 se supo que el señor Izazaga se encontraba de nuevo en la costa entre los jefes insurgentes; que durante su ausencia se había dedicado a viajar y había estado escondido en la ciudad de México; que allí se había enterado de los acontecimientos que estaban ocurriendo en la Nueva España y de las grandes noticias venidas de España, relacionadas con los absolutistas y del renacimiento de la Constitución, que tanto agitó al alto clero y a los ricos propietarios: tuvo conocimiento de las juntas secretas que se celebraban en un ambiente de alarma, y del gusto con que los adictos a la Independencia renovaban sus esperanzas para que ésta se consumara en un futuro próximo; y, en fin, pudo advertir con satisfacción que entre el pueblo estaba viva la fe en los hombres que todavía luchaban con las armas.

Convencido Iturbide de que no era fácil vencer a los insurgentes, entra en pláticas con ellos.

Decidido a defenderse con cuatro o quinientos hombres, el señor Guerrero tomó Zacatepec y derrotó por completo a don Carlos Moya. Estos reveses de los realistas convencieron a Iturbide de que no era fácil exterminar a los aguerridos insurgentes del sur y optó por entrar en pláticas con el Caudillo, a quien comunicó su atrevido plan para hacer la Independencia; sin embargo, éste ya conocía de antemano sus proyectos, pues contaba con muy buenos amigos cerca de los realistas que le tenían al tanto de todo; uno de ellos era el señor coronel don Juan Davis Bradburn, quien simulando su rendición, se había pasado al bando rea-

lista para informar al señor Guerrero de las verdaderas intenciones de Iturbide sobre el plan propuesto.

No obstante que se cruzó correspondencia entre ambos jefes, todavía se derramó sangre, pues el 25 de enero don Pedro Ascencio atacó en Totomaya al coronel Rafols, y derrotó a una sección de las fuerzas de éste, y el 27 del mismo mes el señor Guerrero derrotó a su vez, en la Cueva del Diablo, al teniente coronel don Francisco Antonio Berdejo.

Después de consultar a Izazaga y a otros jefes, don Vicente Guerrero se decide a ponerse de acuerdo con Iturbide para lo relativo a la Independencia, que es proclamada en Iguala en febrero de 1821.

Convencido el Caudillo de que Iturbide estaba dispuesto a luchar por la Independencia, resolvió unirse a él, después de escuchar los consejos del señor licenciado Izazaga y de sus amigos y jefes más allegados. El señor licenciado tenía la convicción de que después de consumarse la Independencia en la forma que fuera, se arreglarían las dificultades internas, se acallarían las ambiciones y se pondría a cada quien en su lugar; lo importante era proclamarla; ya vendrían otras corrientes de la opinión nacional a consolidar el esfuerzo, el sacrificio glorioso de los primeros mártires, y con el sufragio del pueblo se establecería la República libre y soberana que soñaron los caudillos Hidalgo y Morelos. El 24 de febrero de 1821 se promulgó el Plan de Iguala; aunque éste abrió las puertas a la Independencia de México, dejaba a los españoles en posesión de todos sus privilegios, tanto a los ricos como al clero; consideraba que en este país el derecho de conquista era todo; fincaba el de la propiedad de las tierras en los ordenamientos reales, para justificar la sucesión legítima; despojaba de todo derecho a los indios, a quienes los primeros caudillos de la insurrección, desde sus primeras juntas, trataron de devolverles las tierras, porque creían que eran los legítimos dueños de éstas.

Iturbide, el acérrimo enemigo de los insurgentes, pretendió desvirtuar con este plan toda la

cruenta lucha que se sostuvo desde 1810, cosa imposible, pues en la opinión general ya estaban arraigadas las ideas y los esfuerzos de los caudillos que iniciaron la guerra; y además, inteligente y oportunista, se vio obligado a manifestar en la proclama que dirigió a los americanos de este reino, que la voz que se escuchó en Dolores en 1810, a pesar de los desórdenes y vicios que originó la contienda, formó la opinión pública y estimuló los anhelos de independencia.

En lo que se refiere a la participación de los antiguos insurgentes en la nueva lucha, no se equivocó el señor Izazaga, pues de todas partes de la Nueva España se aprestaron a salir de sus escondites los remontados, los que habían sido indultados, y los que abandonaron las armas volvieron a tomarlas, en tal número que el ilustre don Nicolás Bravo reunió, al salir de Tulancingo, en junio, más de tres mil hombres, y al llegar a Puebla, su división contaba con más de cuatro mil individuos de tropa.

El señor Izazaga volvió a desplegar su acostumbrada actividad al formar parte del Congreso, como diputado y en unión del doctor Argáandar, Cumplido, Tercero y Castro, que fueron elegidos por Michoacán. Al tomar posesión de sus puestos, el 24 de febrero de 1822, estos patriotas juraron luchar por el sistema republicano y porque se les hiciera honor y justicia a los gloriosos caudillos de 1810; con este fin formaron el famoso grupo de los ocho, pues a los ya nombrados se unieron don Carlos María Bustamante, el general don Guadalupe Victoria y el canónigo don José de San Martín, quienes trabajaron incansablemente hasta hacer fuerte a su partido con la adhesión de los señores diputados que se les fueron agregando, entre éstos el padre Mier y los que, siendo partidarios de la Independencia, por tibieza y otras causas habían sido parciales, se sumaron también todos los opositores a Iturbide.

Con la cooperación de los antiguos insurgentes se logra obtener la consumación de la Independencia.

El señor Izazaga, electo diputado, trabaja junto con otros representantes en favor de la causa republicana, logrando al fin organizar un fuerte bloque parlamentario para sostener los ideales de la insurgencia.

Dicho grupo republicano trabaja empenosamente hasta obtener la abdicación de Iturbide.

El señor Izazaga recomienda a sus descendientes que en las luchas del futuro sostuvieran siempre la causa del Sur, o sea el programa li-

Como don Agustín seguía odiando a los antiguos insurgentes, en varias ocasiones manifestó públicamente, rodeado de sus favoritos absolutistas, que si había transado con el general Guerrero, había sido por conveniencia política, y que en la mejor oportunidad eliminaría a los insurgentes.

Con un partido ya fuerte, los ocho diputados insurgentes hicieron su primera oposición, al discutirse las festividades nacionales; pidieron que se incluyera en éstas el 16 de septiembre de 1810, pues sólo figuraban el 24 de febrero, el 2 de marzo y el 27 de septiembre de 1821, fechas de la promulgación del Plan de Iguala, juramento de sostener la Independencia y entrada del Ejército Trigarante en México; en esta ocasión, consiguieron su primer triunfo al lograr que el 16 de septiembre quedara incluido en estas festividades.

En la memorable sesión en que se discutió la elevación de Iturbide al trono de México, por las voces oficiosas de San Martín, Gutiérrez, Terán y Anzorena, este grupo de diputados pidió que se prorrogase toda resolución hasta que, consultadas todas las provincias, se ampliaran los poderes a los diputados y deliberaran sobre la forma de gobierno que debía adoptarse; con esto pretendían ganar tiempo para sus fines; como todo mundo sabe, los diputados insurgentes querían que se estableciera el sistema republicano.

Una vez coronado Iturbide, el señor Izazaga se marchó a Michoacán, para entrevistarse con su gente; luego volvió a su puesto en el Congreso, desde donde influyó decisivamente en cuantos pasos se dieron para lograr la abdicación de don Agustín.

Ambos personajes llegaron a la consumación de la Independencia porque en ellos las ideas quizá eran las mismas desde 1809; el licenciado Izazaga la había discutido con tanto ardor con Iturbide, que aunque siguieron caminos opuestos du-

bertario que en esa región sostuvieron los insurgentes, encabezados por el generalísimo Morelos.

rante la guerra, siempre los alentó el mismo ideal de libertar a esta nación del yugo español; pero el leal a la causa, el que no prevaricó, vio caer al ambicioso, quien por sendas torcidas esperó el tiempo oportuno para realizarla a su manera y de acuerdo con su tendencia absolutista; en cambio, el señor Izazaga, en contraste con esta tendencia, recomendaba a sus descendientes que, sin importarles sacrificios, lucharan por las causas que se fomentaran en el sur, contra toda opresión y en defensa de la patria; con esto quedaba aclarado su pensamiento "de que consumada la Independencia, cada quien quedaría en su lugar", y que las nuevas corrientes de la opinión nacional consolidarían a la patria mexicana libre y respetada.

Con la exaltación de los ilustres generales Guerrero y Victoria al Poder Ejecutivo, tomó fuerza la celebración del 16 de septiembre sobre otras fiestas que fueron cayendo en el olvido por su base falsa. El 19 de julio de 1823, el Congreso declaró válidos y meritorios todos los servicios prestados a la patria en los once años que duró la guerra, y concedió merecidos honores, empleos y pensiones a los insurgentes y a sus deudos, medida que llenó de satisfacción al licenciado Izazaga, aunque, consecuente con su desinterés, no aceptó ningún honor ni recompensa.

El 4 de octubre de 1824, se juró solemnemente la Constitución, y el 10 del mismo mes la juraron también los señores generales Victoria y Bravo, como Presidente y Vicepresidente de la República, respectivamente; a este Congreso le cupo la gloria de dar a la nación la forma de República Federal, supremo anhelo de los insurgentes.

Constituida la República, don Carlos María Bustamante y otros distinguidos insurgentes pretendieron que el señor Izazaga escribiera una relación de los hechos en que había tomado parte; negóse siempre de manera cortés a hacerlo, y cuando le dije que me había comprometido a es-

El señor Izazaga, por la falta de documentos perdidos en la guerra, y por el temor de suscitar envidias y disensiones de parte de enemigos gratuitos, se niega a escribir

Con la promulgación de la Constitución de 1824 se logra el triunfo de la República Federal, uno de los ideales de la insurgencia.

sus memorias, en las que tendría que decir verdades amargas contra los traidores y los acomodaticios.

cribir algo de lo que vi, me contestó con un dejo de tristeza y con frases irónicas, poco más o menos en estos términos: "Mira, Pancho, qué podemos decir nosotros, si se perdieron todos los interesantes documentos que me crucé con los señores Hidalgo y Morelos y otros caudillos, en los incendios de Uruapan y Chimilpa, aparte de que en las terribles persecuciones que sufrí yo mismo tuve que destruir correspondencia valiosa para no comprometer planes ni a nuestros amigos; además, hicimos tanto en los once años de guerra, que aun siendo insignificante la parte que nos correspondió desempeñar, sería tarea enorme escribirla y probablemente por apegarnos a la verdad, no quedarían conformes los traidores, los inconstantes, logreros y acomodaticios, que tantos males nos causaron y que ahora, triunfante la República, pretenden hacer valer merecimientos muy discutibles; es mejor dejar cimentar a la nación ya independiente, sin provocar discusiones enojosas con estos sujetos; nosotros debemos alejarnos de la vida pública con la conciencia tranquila, por tener la convicción de haber cumplido con nuestro deber, dentro de lo que humildemente pudimos hacer por la Independencia.

"Tú puedes escribir lo que te propones, si ya estás comprometido, yo no te quito tu intención; pero como vas a narrar lo que viste, no les va a convenir que salga a luz tu relación."

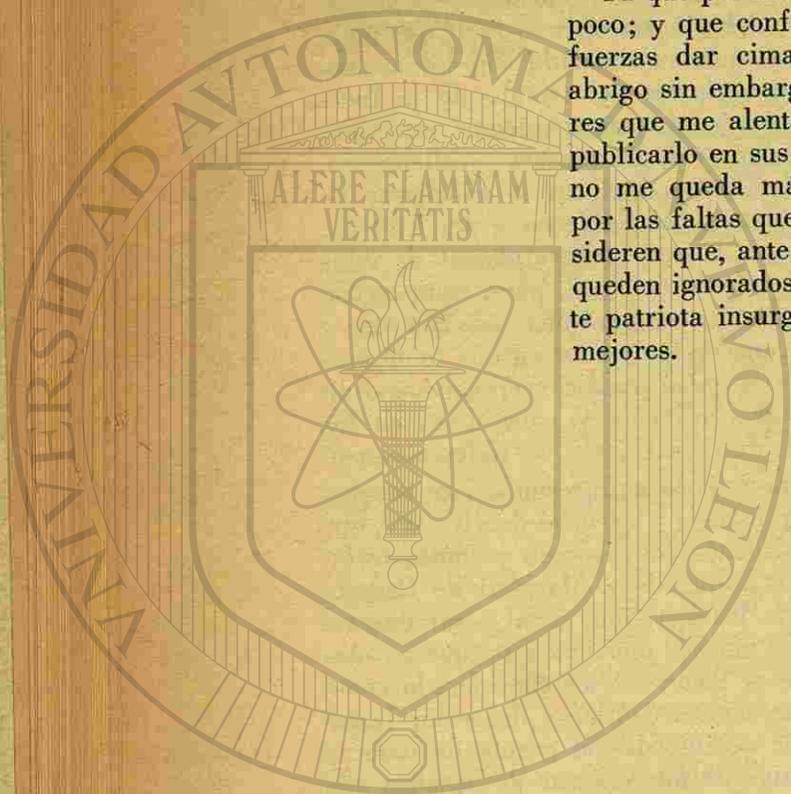
Con esta advertencia escribí este bosquejo, y si no lo publican, lo dejo para los míos; y como me recomendó el señor licenciado que no olvidara a sus amigos que tanto le sirvieron, es justo recordar a quienes estuvieron más cerca de él y que por su valor y amor a la causa merecieron su confianza, y fueron, además, constantes en servirla: don Mariano Salgado, don José María Valdovinos, don Ramón Flores, don Cayetano López, don José María Martínez, del rumbo de Coahuayutla; don Ramón Arriaga, don Benigno Plancarte, don

Con este motivo y para hacer justicia al injustamente olvidado señor Izazaga, se decidió el autor de este Bosquejo, o sea el teniente coronel Francisco Buenrostro, a relatar los hechos de que había sido testigo, o sea los que en estos apuntes históricos consigno.

y desinterés, se decidiera a hablar algún día, o que escribiera sus memorias. ¡Cuántos sucesos interesantes se sabrían de la guerra!

Ya que por mi rudeza y escasa ilustración digo poco; y que confieso que ha sido superior a mis fuerzas dar cima a este mal pergeñado relato, abrigo sin embargo la confianza de que los señores que me alentaron a escribirlo, lo mejoren al publicarlo en sus libros históricos. Para terminar, no me queda más que pedirles su benevolencia por las faltas que encuentren, y rogarles que consideren que, ante todo, lo que pretendo es que no queden ignorados los hechos imponderables de este patriota insurgente, digno de figurar entre los mejores.

Franco Buenrostro.—Rúbrica.

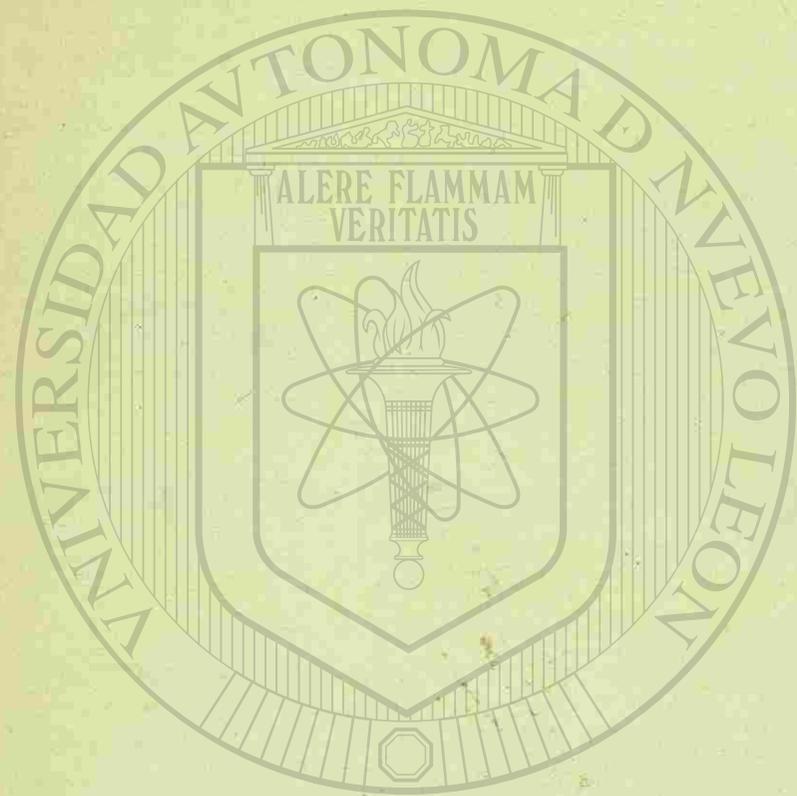


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tela



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



®

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA NACION - MEXICO

PLATE 12

PLATE 13

PLATE 14

PLATE 15

PLATE 16

PLATE 17

PLATE 18

PLATE 19

PLATE 20

